

¿EN DÓNDE ESTÁ EL DISENSO? EL PROBLEMA DE LA POSPOLÍTICA Y SUS  
INSTANCIAS DISCURSIVAS Y PRÁCTICAS

Trabajo para optar al título de:  
Licenciada en Filosofía

Modalidad: Monografía

Presentado por:  
María Camila Rueda Granados  
Cód. 2014232029

Director:  
Héctor Pablo Vargas

Universidad Pedagógica Nacional  
Facultad de Humanidades  
Departamento de Ciencias Sociales  
Licenciatura en Filosofía  
Bogotá D.C.

2020

## **Resumen**

El propósito de este trabajo es analizar las características del centro político a la luz de los conceptos de pospolítica, corrección política y el discurso práctico de la buena gestión. Del vínculo de estos tres conceptos se muestra cómo el centro se constituye a partir de la invisibilización de los problemas sociales y el disenso, comprendiendo desde esa perspectiva el nuevo paradigma político que busca homogeneizar la diferencia por vía del lenguaje y la buena ejecución. Para cumplir con esto, el trabajo estará dividido en cuatro (4) partes. La primera, orientada a dar un breve contexto sobre los hitos político-históricos que abren el terreno para la constitución del fenómeno pospolítico con instancias prácticas como la corrección política y el discurso práctico de la gestión, tomando como referentes clave el fin de la guerra fría y la emergencia de la tendencia política conocida como ‘La Tercera vía’, muy conocida en la década de 1990. La segunda sección, estará orientada a anclar los hitos históricos con el análisis conceptual de las tres categorías centrales ya enunciadas, fundamentadas en algunos autores contemporáneos como Zizek, Mouffe y Ranciere. La tercera parte, estará dedicada a mostrar las implicaciones prácticas de estos conceptos y cómo figuras políticas recientes como la de Enrique Peñalosa, en Colombia, encarnan ese tipo de prácticas y discursos políticos, además de dar algunas luces sobre su triunfo electoral en 2015, desde el análisis de la pospolítica y sus instancias prácticas y discursivas. La hipótesis central de este trabajo es que la pospolítica es un fenómeno político global, con un discurso retórico conocido como corrección política, que se materializa en el discurso práctico de la gestión, el cual se erige como el único capaz de restituir el orden político, limitando la política al ejercicio administrativo -aparentemente-. El trabajo realizado, si bien es un rastreo que pone en diálogo algunos autores en filosofía política contemporánea, no está encaminado a dar cuenta completamente de lo que ellos consideran como pospolítica, corrección política y el discurso práctico de la gestión. Esta articulación, más bien, permite una configuración propia que espera aportar a la discusión sobre los asuntos en cuestión.

**Palabras clave:** pospolítica, buena gestión, corrección política.

**Abstract:** The purpose of this work is to analyze the characteristics of the political center in light of the concepts of post-politics, political correctness, and the practical discourse of good management. The link between these three concepts shows how the center is constituted from the invisibilization of social problems and dissent, understanding from that perspective the new political paradigm that seeks to homogenize the difference through language and good execution. To comply with this, the work will be divided into four (4) parts. The first, aimed at providing a brief context on the political-historical moments that open the ground for the constitution of the post-political phenomenon with practical instances such as political correctness and the practical discourse of management, taking as key references the end of the cold war and the emergence of the political trend known as The Third Way, well known in the 1990s. The second section will be aimed at anchoring the historical moments with the conceptual analysis of the three central categories already enunciated, based on some contemporary authors like Zizek, Mouffe, and Ranciere. The third part will be dedicated to showing the practical implications of these concepts and how recent political figures such as Enrique Peñalosa, in Colombia, embody this type of political practices and discourses, in addition to shedding some light on their electoral triumph in 2015, since the analysis of post-politics and its practical and discursive instances. The central hypothesis of this work is that post-politics is a global political phenomenon, with a rhetorical discourse known as political correctness, which is materialized in the practical discourse of management, which stands as the only one capable of restoring the political order, limiting the policy to administrative exercise -apparently-. The work carried out, although it is a survey that puts some authors in contemporary political philosophy in dialogue, is not aimed at fully accounting for what they consider as post-politics, political correctness, and the practical discourse of management. Rather, this articulation allows a configuration of its own that it hopes to contribute to the discussion of the issues in question.

Keywords: post-politics, good management, political correctness.

***“Las Euménides duermen, pero el delito las despierta”.***

Principios de la Filosofía del Derecho, Hegel.

## CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>1</b>
<b>1. BREVE CONTEXTO DE EMERGENCIA.....</b>	<b>6</b>
<b>1.1. Las ideas de centro y el terreno arado para la pospolítica .....</b>	<b>6</b>
<b>1.2. La “secularización” de la política y las ideologías: ¿el fin de la diada derecha-izquierda? .....</b>	<b>15</b>
<b>2. VINCULOS CONCEPTUALES ENTRE POSPOLÍTICA, CORRECCIÓN POLÍTICA Y DISCURSO DE LA GESTIÓN.....</b>	<b>25</b>
<b>2.1. Sobre la Pospolítica: la sumisión de las utopías al imperativo pragmático de la realidad política.....</b>	<b>26</b>
<b>2.2. La corrección política como el ejercicio retórico de la pospolítica .....</b>	<b>35</b>
<b>2.3. El discurso práctico de la gestión como valor fundamental en el escenario pospolítico y políticamente correcto .....</b>	<b>39</b>
<b>3. DISCURSO PRÁCTICO DE LA GESTIÓN: ¿IMPOPULARES PERO EFICIENTES? .....</b>	<b>44</b>
<b>3.1. Contexto: La recuperación de Bogotá y Enrique Peñalosa.....</b>	<b>45</b>
<b>3.2. Enrique Peñalosa: un visionario pospolítico.....</b>	<b>50</b>
<b>3.2.a. “La retirada” de las ideologías durante su campaña.....</b>	<b>50</b>
<b>3.2.b.¿Pero en realidad se mantuvo o perteneció al “centro”?.....</b>	<b>51</b>
<b>3.2.c. La interpasividad durante su gobierno.....</b>	<b>52</b>
<b>3.3. Un “visionario” políticamente correcto: .....</b>	<b>53</b>
<b>3.3.a. El embellecimiento de la ciudad vs. los problemas reales .....</b>	<b>55</b>
<b>3.4. La gestión como discurso práctico del presunto salvador de Bogotá.....</b>	<b>56</b>
<b>4. CONCLUSIONES .....</b>	<b>58</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>63</b>

## INTRODUCCIÓN

Preguntarse por problemas concretos en filosofía, sobre todo por aquellos que pertenecen a la esfera de la política, siempre es un riesgo; un riesgo de caer en los lugares comunes de la opinión pública, un riesgo de no hilar con suficiente experticia sobre un concepto, un riesgo de elaborar una disertación sobre los prejuicios propios, y, sobre todo, el riesgo de no vincular dichas preocupaciones de la vida diaria de manera exitosa a la academia y sus exigencias de rigor. Sin embargo, lo anterior no implica que la filosofía no esté en capacidad de hablar del mundo de las cosas y de la manera que habitamos en él. De modo que el pilar de este proyecto de tesis no es solo atender a una pregunta que aqueja a su autora, también está de fondo mostrar que la filosofía es tal vez de los pocos espacios que permiten activar conversaciones sobre temas pendientes. Hay que mencionar que el ejercicio que se encontrará a continuación, si bien consiste en establecer un diálogo con algunos autores, está estructurado mayoritariamente desde una apuesta y un rastreo propios, que no se encuentran explícitamente en los autores traídos a la discusión.

Como se ha dicho, es un reto conectar la realidad política con la filosofía, aun más, cuando dichas cuestiones no emergen en un contexto exclusivamente filosófico. Ese es el caso de esta investigación que, entre otras cosas, tiene como preocupación central los conceptos de pospolítica, corrección política y el discurso práctico de la gestión, mostrando que es problemático suscribir los discursos y las prácticas propias del llamado centro político.

Estos conceptos obedecen, en un sentido amplio, a lecturas recientes de una amalgama de hechos políticos que son llamativos dado que versan sobre la ruptura entre los datos, los hechos y las ideologías con las decisiones políticas, como lo fue la emergencia de la tercera vía y la conformación de los sectores de centro en el panorama político global con el fin de la guerra fría; en otras palabras, para darle sentido histórico a este trabajo se recogerán algunos de los hechos políticos que le dan sentido a estos conceptos y que consisten en la negación de aquello que se sostiene que es político: las ideologías, el disenso y el malestar social, vaciando las decisiones públicas de contenido y dejando como resultado de ello sistemas de gobierno sin brújula, sin datos y sin ideas – aparentemente-. Teniendo en cuenta estos rasgos comunes entre los tres conceptos (pospolítica, corrección política y el

discurso práctico de la gestión), vale decir que para propósitos de esta investigación la pospolítica será el fenómeno global que encerrará cierto aspecto de la corrección política como su instancia de materialización y, finalmente el discurso de la gestión como su dimensión concreta.

Por pospolítica se entenderá a un modo particular de hacer política que se caracteriza por su interpasividad, con una eficiencia simbólica y nominal que pasa desapercibida dado que su bandera es la renuncia a la ideología. Aquí, la interpasividad no es más que la represión del debate político (disenso) creando relaciones superficiales al interior de la sociedad. Cabe mencionar que esta idea de la pospolítica está enmarcada en la pérdida de las certezas colectivas, dejando de aglutinar ríos de personas en las plazas públicas movidas por ideas de emancipación de la vertiente que sea. No obstante, el problema no es que sea una posibilidad en el terreno político sino la manera en la que, mediante la renuncia de lo político, se ha hecho relevante y deseable. Allí, es donde se puede establecer un vínculo con lo políticamente correcto, no sin hacer varias salvedades.

Para enlazar lo anterior con el problema de lo políticamente correcto hay que examinar precisamente cuál es el aspecto que comparte con la pospolítica. Quienes suscriben la corrección política como un gesto de reconocimiento de los otros <sup>1</sup>-y lo otro- mencionan que es una manera de proteger y evitar que mediante el lenguaje se vulnere la integridad de otros, especialmente de las minorías que siempre han sido víctimas de los sistemas hegemónicos. Sin embargo, la protección a estos grupos en varios casos ha devenido en una gramática de la homogenización, no precisamente porque sean incluidos sino por el hecho de que se obvian sus diferencias en aras de “evitar el conflicto” o la “segregación social” - como si reconocerse como un sector poco favorecido generara tensiones “indeseadas”, asunto que no puede pasar en una sociedad pospolítica-. ¿En qué momento la corrección política es pospolítica? En primer lugar, hay que decir que esto ocurre cuando son los discursos hegemónicos los que acaparan esta manera de referirse a los otros ejerciendo una suerte de discriminación positiva. En segundo lugar, la corrección política es pospolítica cuando

---

<sup>1</sup> Como lo sostiene Madura (2019), en su artículo *En defensa de lo políticamente correcto... si es lo correcto*. Donde menciona que “más que a una lucha entre un corsé (lo políticamente correcto) y un cuerpo que trata de liberarse (lo normal, lo que siempre se ha dicho), a lo que asistimos es a una ampliación de la esfera pública y a una tensión democrática”.

mediante la primera se satanizan los conflictos o se invisibilizan. Un ejemplo que podría ayudar a la comprensión de este fenómeno es la famosa frase del expresidente Juan Manuel Santos “Ese tal paro no existe” sobre el 2013, refiriéndose a un fuerte conflicto por la reivindicación de derechos y garantías del campesinado que desato una caótica jornada de manifestaciones en Bogotá D.C. Mediante tal ejercicio, de negación del conflicto desigual y de las legítimas manifestaciones, invisibilizó a un sector profundamente afectado por sus políticas a favor de la entrada del comercio extranjero y su fortalecimiento, para competir con el campesinado colombiano y sus productos, tal y como sucedió con la aprobación de los TLC<sup>2</sup> en 2011 con Estados Unidos.

¿Y cómo se enmarca lo anterior en el discurso práctico de la gestión? Hasta aquí se ha dicho que hay un fenómeno político globalizado bajo el nombre de pospolítica que posee un catalizador nominal y simbólico que es la corrección política y que esta última, como en el ejemplo anterior, más que proteger por vía del uso del lenguaje a las minorías, es un arma de banalización del conflicto muy poderosa cuando es empleada por quienes “saben” administrar.

De acuerdo con Ball (1990), la gestión “se presenta como mecanismo objetivo, técnicamente neutro, sólo dedicado a la consecución de una eficiencia mayor: el mejor método posible” (p. 159), Así que se conecta con los anteriores conceptos en la medida en que se vale de las disposiciones de objetividad y la presunción de que hay una posibilidad de orden por encima del caos; la neutralidad contra el sesgo ideológico y la eficiencia frente a la ineficiencia. Lo que sitúa al discurso de la gestión como el discurso práctico en el que confluye la pospolítica y la corrección política. Lo que permite reiterar que uno es el fenómeno general, otro su materialización discursiva y el ultimo su instancia práctica.

Esta articulación entre el fenómeno general y sus instancias simbólicas y prácticas pretende mostrarse a través de una experiencia particular en política la elección de Peñalosa en 2015 para la alcaldía de Bogotá. Particularmente, tomando como referencia las razones o ideas que circularon durante su campaña y su posterior ejercicio de gobierno, leídas en clave de la pospolítica y lo PC y relacionadas con la noción práctica de buena gestión. Para lograr esto, se caracterizará la pospolítica en dos dimensiones, en su dimensión de interpasividad y

---

<sup>2</sup> Tratado de libre comercio



la retirada de las ideologías como sus características esenciales. En cuanto a la corrección política, se resaltarán su exclusivo carácter nominal ya que, más allá de proteger las prácticas violentas que denuncian sus simpatizantes y, finalmente, sobre el discurso práctico de la gestión se abordará el aspecto invisibilizador de problemas sociales y la banalización que hay del malestar social en este discurso. En conclusión, se trata de un ejercicio interpretativo, porque se intenta comprender un problema revisando su contexto de emergencia, el abordaje teórico que le dan algunos autores, la relación entre algunos conceptos al interior de la estructura explicativa, y enunciando algunas implicaciones particulares a manera de sucesos que ilustran el fenómeno.

Este trabajo monográfico se desarrollará en cuatro partes, cada una con un objetivo; la primera estará dedicada a dar las primeras pistas acerca del surgimiento de la pospolítica, y cómo esto comparte un aspecto políticamente correcto (teniendo en cuenta las salvedades hechas al respecto anteriormente). Para ilustrar el contexto de emergencia serán tomados en cuenta algunos ejemplos relativos a la tercera vía como movimiento político e intelectual después de la guerra fría y se mostrarán paralelamente cómo los hechos políticos motivaron la emergencia de los enunciados propios de la pospolítica. Para esto, se tomarán como ejemplo figuras como Tony Blair y Juan Manuel Santos como aquellos personajes que en sus respectivos territorios impulsaron este tipo de política de centro. Por otro lado, en cuanto al contexto académico serán tomados en cuenta los planteamientos de Giddens, Massey y Giroux frente a ese “tercer” espacio que se abre en las discusiones académicas, fruto de las apuestas políticas neutrales y de centro que se popularizaron con el fin de la guerra fría y la política entendida en bloques ideológicos

La segunda ofrecerá el análisis conceptual de los ejes centrales (pospolítica, corrección política y discurso práctico de la gestión) y la relación que hay entre ellos; donde se mostrará que una manera de establecer el vínculo entre los tres conceptos es de contención: el discurso práctico de la gestión está contenido en la corrección política y esta, a su vez, en la pospolítica como fenómeno global. Para cumplir con esa apuesta, las referencias principales serán algunos planteamientos de Mouffe (2003), Žižek (2003-2008), Ball (1990) y Rancière (1990-1995) frente a la pospolítica, y el ejercicio que hay en esta “manera alternativa” (en apariencia) de ejercer el poder.

Por otro lado, la tercera parte está orientada a mostrar cómo todo lo anterior se materializa en una esfera discursiva práctica, tomando por ejemplo el caso de la administración de Enrique Peñalosa 2016-2019 y la manera en que los tres conceptos centrales se pueden rastrear en tal hecho, contrastando con mayor fuerza los planteamientos de Ball en su texto Foucault y la Educación, que será fundamental para comprender cómo el discurso de la gestión es práctico y cómo estas categorías ayudan a comprender el triunfo político de un personaje como el exalcalde Enrique Peñalosa. Finalmente, en el cuarto apartado serán presentadas las consideraciones finales dónde se recogerán los puntos más importantes del trabajo, además de mencionar algunas de las discusiones que quedan pendientes, fruto de la reflexión que aquí se esboza.

Para cerrar, queda reiterar una última cosa: este análisis gira en torno a la dificultad que hay cuando se niega un problema político mediante discursos administrativos, convirtiendo los problemas políticos en problemas técnicos; esta monografía versa sobre el hecho de que es imposible negar la caótica realidad política mediante la gramática homogeneizadora de lo políticamente correcto y el discurso de la gestión, que más que abrir espacios de participación niegan lo verdaderamente político: la capacidad de disentir. ¿Nos enfrentamos a un fenómeno de invisibilización política generalizado que anula nuestra capacidad de situarnos ante las diferentes injusticias y violencias porque “polariza” a la sociedad dificultándoles a los administradores gobernar? ¿Se ha reducido la política al ejercicio de administrar sin preguntarse cómo esto modifica nuestra manera de relacionarnos?

## **1. BREVE CONTEXTO DE EMERGENCIA**

Teniendo en cuenta lo planteado en la introducción, en este apartado se presentaran dos cuestiones que contribuyen a comprender en dos apartados la manera en que el fenómeno de la pospolítica emergió : una las ideas de centro y el terreno arado para la pospolítica, en donde se explicará cómo la postura de la tercera vía contribuye a la emergencia de este fenómeno y dos, el de La “secularización” de la política y las ideologías: ¿el fin de la diada derecha-izquierda?, donde se explicará cómo la presunta separación entre la ideología y la política no colocan en entredicho el fin de las ideologías. Entendiendo que, en ese apartado, se hablará de un proceso secular en la medida en que los detractores de las ideologías las entienden como una tergiversación del ejercicio político.

### **1.1. Las ideas de centro y el terreno arado para la pospolítica**

Las preguntas que emergen de la política siempre han representado una urgencia para el campo de las humanidades y es apenas lógico, después de todo, estamos inmersos en el entramado político. Con el propósito de ceñir el campo político-filosófico, serán tenidos en cuenta dos fenómenos pertenecientes, en gran medida, al último decenio del siglo pasado que, evidentemente, han tenido notables consecuencias en la manera en la que se percibe la política actualmente. Estos fenómenos son el de la pospolítica y lo políticamente correcto y cómo estos se materializan en un sentido práctico en el discurso de la buena gestión. Para comenzar, es preciso dar pistas de los sucesos que han permitido que dichos fenómenos tengan lugar en la política, por eso este capítulo estará dedicado a mostrar los argumentos que han hecho atractivas a las ideas de la tercera vía como aquella que aró el terreno para la pospolítica, la corrección política y finalmente, su práctica discursiva<sup>3</sup>, la de la buena gestión.

En principio, estos fenómenos se asocian al divorcio entre la práctica política y las ideologías de la Guerra Fría –derecha: capitalismo/izquierda: socialismo–, es decir, hay un

---

<sup>3</sup> Como lo menciona Boticelli (2011), la noción de práctica discursiva le permite a Foucault incorporar la dimensión corporal como forma de profundizar –en un sentido de continuidad– sus investigaciones sobre el plano lingüístico: Las prácticas discursivas no son pura y simplemente modos de fabricación de discursos. Ellas también toman cuerpo en el conjunto de las técnicas, de las instituciones, de los esquemas de comportamiento, de los tipos de transmisión y de difusión, en las formas pedagógicas que, a la vez, las imponen y las mantienen [...] estas prácticas instauran los procedimientos y las técnicas mediante las cuales se elabora la relación de los sujetos consigo mismos y con los otros sujetos, los ejercicios por medio de los cuales los sujetos se constituyen en objeto de conocimiento, las prácticas que les permiten a los sujetos transformar su propio ser (p.121- 124).

proceso secularización<sup>4</sup> de las ideas políticas con la capacidad de un Estado de regular los derechos y deberes ciudadanos, dejando como resultado un ejercicio político de mera ejecución y de pocas ideas. Una vez se da tal divorcio y es “evidente” que la eficacia de los sistemas políticos de la guerra fría estaba en declive, emerge la perspectiva pospolítica que, más que una superación de los paradigmas políticos e ideológicos antagónicos, propondrá la suspensión y la invisibilización de las contradicciones políticas, sugiriendo que es mejor siempre apelar a la solución de problemas, a administrar bien y a no politizar el quehacer político, dejando abiertas cuestiones sobre lo que es realmente el ejercicio político o por ejemplo, qué involucra a las partes del tejido social para organizarse políticamente. Tal y como sucedió en la década de los noventa, en Reino Unido.

Esta apuesta pospolítica tiene muchas maneras de ser nombrada, por ejemplo, otra manera de describir esta situación es la renuncia a las metáforas políticas<sup>5</sup>, como si las ideologías obedecieran únicamente a un ejercicio interpretativo de la realidad, en otras palabras, como si las ideologías fuesen un agregado del ejercicio político. Aquí las metáforas políticas no son sino otra manera de referirse a la diada política (derecha- izquierda) que se pone en cuestión.

Cabe mencionar que esta es una propuesta asociada a las ideas de centro y la neutralidad política, que insiste en que, más que fraccionamientos, lo que corresponde a la racionalidad contemporánea es la superación de las diferencias entre las facciones políticas. En conclusión, con *El fin de la historia y el último hombre* (1992) <sup>6</sup> y los antagonismos

---

<sup>4</sup> Se habla de un proceso secular en la medida en que, para los simpatizantes de las ideas de centro y los “neutrales”, toda postura política/ ideológica es del orden de una patología, un acto de fe y de una irracional obstinación de modo que al final la visión pospolítica siempre se vea como la estructura mundanal de lo posible.

<sup>5</sup> En este texto los términos ideologías políticas, metáforas políticas y metarelatos ideológicos, son sinónimos para hacer alusión a las ideologías como “lecturas” añadidas a los contextos políticos concretos. Es decir, para mostrar cómo el fenómeno pospolítico se ha abierto campo en las discusiones académicas con diferentes maneras de nombrar el problema que se han establecido a partir de la existencia de las ideologías antagónicas de derecha e izquierda.

<sup>6</sup> Esta es una contribución de Fukuyama en su texto *El fin de la historia* que propone que la historia humana se debe entender como un diálogo o una competición entre diferentes regímenes o formas de organización social. Las sociedades se refutan unas a otras, a veces mediante la conquista militar, otras veces por la superioridad política o militar. Cada estadio elimina algunas contradicciones de la etapa anterior, hasta que con el paso de los siglos se llega a una sola forma de organización social, la democracia liberal. Ante la falta de contradicciones internas de este sistema dejan de existir alternativas, en ese momento se ha llegado al «fin de la historia», es decir, a la etapa final de la evolución de la humanidad, que el autor denomina «poshistórico».

ideológicos, desaparecieron los correspondientes metarelatos ideológicos, como si ese fuera el lugar de las ideologías, el de acompañar los procesos de administración política/económica. Dado que todo lo anterior se gestó en el marco de la expectativa y de la obligada renovación del quehacer y el habitar político, cada uno de los términos presentados a continuación –metáforas políticas, metarelatos ideológicos– están asociados a preocupaciones prácticas y concretas en disciplinas como la geografía, la sociología de la educación y de la escuela, y, en cierta medida, la economía; todas ellas esperanzadas en la propuesta de la Tercera Vía (años noventa) que consiste, a grandes rasgos en una solución al conflicto de izquierdas y derechas, como una conciliación y un consenso de las mejores ideas de un lado y otro, agrupándolas como la apuesta política neutral y de centro que podía superar los fraccionamientos mediante la gestión y la administración económica y política. Intelectuales como Anthony Giddens y políticos como Tony Blair en el Reino Unido y Juan Manuel Santos en Colombia en la década de los noventa, impulsaron la propuesta de la Tercera Vía como proyectos administrativos y políticos en sus respectivos territorios, dando pie a una nueva era en la política.

Para entender a qué apuntaba la tercera vía y todas las apuestas por la neutralidad y el centro, hay que partir de la siguiente idea: cuando los sistemas políticos y sus ideas no son suficientes o no representan la voluntad popular y, más bien, la vulneran, crece la necesidad de transformar dichas dinámicas de opresión. Así, el pegamento social ya no es una concepción político-ideológica de la política; el pegamento social ya no es la concepción sobre la política, porque se le resta importancia, entonces es la violencia, y el miedo, esto último es lo que opina Zizek a lo largo del texto *Sobre la Violencia* (2008).

Para impulsar la Tercera Vía como apuesta política, sus simpatizantes describen un estado de crisis: un momento donde no es fácil precisar qué sistema o líder político tiene la razón, una crisis de credibilidad institucional e ideológica. De acuerdo con ese razonamiento, las preocupaciones se han desplazado del espectro de la izquierda y la derecha, y la preocupación está ahora enfocada en los hechos concretos y cómo superarlos de manera eficaz, práctica y útil; en cómo gestionar exitosamente la dificultad. La capacidad social reflexiva ha puesto en tela de juicio las ideas propias de la guerra fría, porque ya no se trata de cultivar y ahondar en los antagonismos sino de establecer puentes de comunicación,

participación y acción que vinculen y celebren la diferencia en todo su espectro. Lo que va de la mano con la propuesta de Giddens (1999), cuando menciona que toda esta actitud crítica obedece a una mayor disponibilidad de recursos informativos, entre otras cosas, pues:

En la era de la información, el territorio ya no importa tanto a los Estados-nación como en el pasado [...] La democracia se está generalizando, y hay algo de verdad en la idea de que las democracias no van a la guerra entre sí. Finalmente, el mundo está infinitamente más interconectado de lo que nunca lo fuera con anterioridad, incluido el periodo de finales del siglo XIX. Ante este trasfondo, ya no es utópico conectar asuntos de gobierno nacional y global, pues ya están íntimamente conectados en la práctica (p. 165)

A su vez, conforme a la popularidad que ha cobrado la idea de que el lenguaje constituye el mundo que habitamos, buena parte de ese ejercicio crítico de los ‘grandes’ dogmas políticos está atravesado por lo que sus símbolos dejan de representar y, como nuestro lenguaje –en toda su amplitud– significa y resignifica permanentemente los fenómenos sociales y políticos, o, incluso, están sujetos a ser comprendidos de otras maneras, unas que estén en capacidad de desdibujar los antagonismos. Allí emerge un enunciado importante para la corrección política en el que es necesario detenerse. Para ver cómo es que van de la mano la cultura y el discurso político es necesario indagar los orígenes de este término.

El desdén que hay en aumento hacia las ideas políticas es natural; cuando hay una radical división entre derecha e izquierda y la opresión está en ambas partes, hay que replantear los propósitos ideológicos propios de cada sociedad, de modo que sea menor la brecha ideológica que deja a su paso la tensión entre una perspectiva y otra. Para dar un ejemplo de cómo algunos teóricos dan cuenta de este fenómeno de la renuncia a las metáforas políticas<sup>7</sup> téngase en cuenta lo que menciona Boaventura de Souza Santos (1998):

La década de los ochenta fue, pues, una década en que el marxismo pareció desvanecerse definitivamente en el aire, una metáfora que al final de la década adquirió la verosimilitud propia de la literalidad en la evaporación de los regímenes comunistas del Este europeo, Se trata pues de saber si ahí terminó el futuro del

---

<sup>7</sup> Para estos pensadores (Fukuyama, Harvey, Massey, de Souza Santos), las metáforas políticas y los metarelatos políticos son equivalentes a las ideologías como aquellas que acompañan los sucesos históricos.

marxismo [...] La tarea principal de nuestro tiempo, en este terreno, consiste en lograr que la conceptualización y la práctica de los derechos humanos pasen de ser un localismo globalizado a un proyecto cosmopolita (p.355)

Ahora será oportuno ver cómo esto se relaciona con el discurso de lo PC. Como fenómeno, lo políticamente correcto es un concepto discontinuo que ha cambiado de acuerdo a las dinámicas globales y que pertenece enteramente al campo de la teoría y la acción política. Como lo menciona Hughes (p. 17, 2011) es posible rastrearlo, en principio y en su sentido más literal, en el conjunto de normas impuestas en el partido comunista de Mao Tse-Tung a sus copartidarios como aquello deseable de estos. Luego, es rastreable sobre los años 50, en Estados Unidos como una práctica estatal que buscaba poner en jaque la manera en que se estaban elaborando los currículos en las universidades del país pues, en el panorama, se estaban situando preocupaciones relacionadas con los derechos humanos, la guerra, el medio ambiente y los derechos animales frente a lo cual, la academia no podía simplemente dar la espalda a la gran visibilidad que estos asuntos iban tomando en la agenda nacional durante esa década en Estados Unidos. Lo PC fue en contra de tales preocupaciones, mostrando que los ciudadanos “modelo” no debían inmiscuirse en dichos debates.

Lo anterior sugiere que, en ambos casos, tanto en una política de izquierda y en el del auge del liberalismo se tiene que, según Hughes (2011), “political correctness is fundamentally concerned with changing norms in behavior and language. Norms are not cultural universals, but socially conditioned forms and expectations of correct social behavior” (p. 38). De modo que, con la gran acogida que tuvo el término en la agenda norteamericana desde los presidentes Truman (1945-1953) hasta Kennedy (1961-1963), se nutrió de los ideales del puritanismo y empezó a hacer mella bajo la misma premisa de lo bueno y lo deseable en la sociedad norteamericana: “The decent-minded, but slightly Puritanical intervention to sanitize the language by suppressing some of its uglier prejudicial features, thereby undoing some past injustices or “leveling the playing fields” with the hope of improving social relations” (Hughes, p. 17, 2011). Por otro lado, el lenguaje PC también está vinculado con el inicio del fenómeno de la globalización, que se consolidará en la década de los 2000. Ello, porque es esperable que un discurso de aceptación global o un discurso local que quiere ser globalizante, requiera un uso del lenguaje en tono moderado, de complacencia para la mayoría, lo que da algunas pistas para pensar que esta práctica nominal

despolitiza el lenguaje sobre lo público. Como si los acontecimientos superaran la capacidad de una u otra ideología para representarlos y; como si tuvieran la capacidad de representarse por sí mismos, libres de una interpretación, en este caso, política. Todo aquello que parezca una certeza ideológica causa motivo de sospecha. Pareciese que, como sociedad junto con la capacidad de acceder a mayor información y un juicio reflexivo más cultivado, este escenario de escepticismo generalizado es deseable, pues se habla de un momento en el que:

La cultura amolda las sensibilidades y por lo tanto una cultura política radical intentaría deshacer la enculturación a la cultura dominante al proporcionar nuevas maneras de ver, sentir, pensar, hablar y ser [...] En última instancia, se requieren nuevas estructuras afectivas y modos de experiencia catalíticos para transformaciones sociales y políticas más amplias. Aquí la función política del arte crítico representa, en términos negativos, una desfamiliarización con el modo dominante de experimentar la realidad (Best & Kellner, 1997, p.16)

Es precisamente en ese llamado a evitar una política radical que emerge tal escepticismo, pues como lo mencionaron Best y Kellner en las líneas anteriores, lo más amplio y el sentido último de la pospolítica es desligarse de los tradicionalismos políticos, sean del lado que sean, y eso mismo se espera que suceda en el sistema pospolítico de descripciones de la realidad, es decir en su gramática lingüística o lo que es lo mismo, lo políticamente correcto. Es posible establecer que se ha llegado al punto en el que incluso lo que pertenecía a la tradición y lo que atañe a la ideología, ha sido puesto en duda.

Un ejemplo de las limitaciones que hay en el marco de la pospolítica y de lo políticamente correcto puede ser la, ahora muy popular, postura de la “no violencia”. De acuerdo con los planteamientos de Butler (2010), renunciar a la violencia es difícil; habitamos en violencia y sin embargo es posible renunciar a ella porque esto sería una ruptura crucial con la violencia en la que ya estamos inscritos:

Estamos formados por la violencia, al menos parcialmente. Se nos dan géneros y categorías sociales en contra de nuestra voluntad, y estas categorías confieren inteligibilidad o reconocibilidad, lo que significa que también comunican cuáles podrían ser los riesgos sociales de la ininteligibilidad, o de la inteligibilidad parcial. Pero aun cuando esto sea cierto, y yo creo que lo es, aún debería ser posible sostener que puede producirse cierta ruptura crucial entre la violencia mediante la cual nos



formamos y la violencia mediante la cual, una vez formados, nos conducimos (p. 230).

Desde Butler podría afirmarse que, a modo de ejemplo, renunciar a la violencia es difícil, tiene problemas profundos que requieren ser abordados, tales como la violencia inscrita desde el lenguaje. Sin embargo, resulta PC <sup>8</sup>señalar el fin de la violencia, sin ahondar en las imposibilidades de dicha finalidad.

¿Cómo es posible insistir hoy día en los mecanismos de violencia si tenemos una sociedad cada vez más pacífica, dispuesta a realizar ejercicios como la firma de acuerdos de paz? la razón nos ha invitado a pensar que, si bien somos hijos de procesos de profunda violencia: sujetos heridos, enfurecidos y con pasiones; optar por una postura de no violencia tal vez hará más evidente la violencia unilateral que a diario perpetúa el estado, expresada en los vínculos desiguales que hay entre un estado y su ciudadanía, como cuando la ciudadanía está siendo gravemente afectada por problemas en el alcantarillado, aguas residuales e inundaciones y un régimen decide omitir el problema ya que no tienen experiencia de dichos ‘infortunios, o como cuando se deslegitima la protesta social y lo que es propia de ella -los ánimos calurosos, la ‘profanación’<sup>9</sup> de los bienes públicos- y se cataloga todo acto de protesta como acto de vandalismo (sobre todo eso, como si fuera una obligación callar y anuentemente aceptar toda clase de abusos de la fuerza pública, etc.). Y es que insistir en la no violencia, o en su faceta ideológica de la no polarización, invitaría permanentemente a considerar las vidas más que las ideas y que hay sujetos a los cuales ciertas decisiones políticas podría dañarles. Pero pensar el tema de la no polarización implica mucho más que eso. Así pues, analizar la violencia como un fenómeno complejo, que va más allá de la simplificación de su negación sin ninguna clase de matriz, conduce a una discursividad reconocida como correcta, pero política e incluso antropológicamente ingenua.

---

<sup>8</sup> PC, políticamente correcto y corrección política son diferentes nombres para un mismo fenómeno.

<sup>9</sup> Se adopta el término ‘profanación’ del texto *Profanaciones* de Agamben (2005) donde se ha discutido, entre otras cosas, cómo funciona la estructura sacra/profana en la sociedad contemporánea del Museo. Lo que quiere decir que en la sociedad contemporánea el consumo y el uso de bienes (públicos y privados) se ha convertido en un acto de museo y de exhibición. Especialmente en el caso de los bienes públicos, el autor menciona que “lo que no puede ser usado es, como tal, consignado al consumo o a la exhibición espectacular [...] si profanar significa devolver al uso común lo que fue separado en la esfera de lo sagrado, la religión capitalista en su fase extrema apunta a la creación de un absolutamente Improfanable” (p. 107).

La perspectiva en favor de lo PC, promueve la idea de que es lícita una forma de gobernanza desprovista de ideas y más bien, llena de gestión administrativa y neutral que cobra cada vez más sentido, pues los conflictos ideológicos radicales solo han cobrado vidas a su paso, tal como se evidencia en fenómenos locales como protestas en contextos de injusticia o en fenómenos políticos globales como las dos grandes guerras mundiales.

Con lo anterior es posible asegurar que la sociedad contemporánea, inmersa en la incertidumbre, está en búsqueda de una forma de gobierno que contemple tanto la no polarización ideológica como el reconocimiento de las diferencias y la no violencia, todo esto ambientado en el marco de administraciones efectivas, que puedan zanjar las diferencias y los conflictos propios de un Estado democrático pues, recogiendo a Giddens (1999), “las ideas políticas parecen haber perdido hoy día su capacidad para estimular y los líderes políticos su capacidad para dirigir” (p. 12). Hay que avanzar como sociedad, a buscar mejores vías para la paz y para la no repetición del conflicto. Quienes ven en estas apuestas una salida efectiva al conflicto, leen los ejercicios de violencia como aquello que no obedece al orden racional y consideran que ni la política ni el lenguaje pueden ser la casa de la barbarie. Pero, como lo plantea Sen (2007) en varias de sus reflexiones, especialmente en *Identidad y Violencia: la ilusión del destino*, podemos ser mejor que eso.

La búsqueda de alternativas ha presionado a muchos pensadores a plantear nuevos horizontes para la sociedad. Entre ellos están el ya mencionado Anthony Giddens, Henry Giroux, Doreen Massey, David Harvey y algunas aproximaciones que ha hecho Boaventura de Sousa Santos al respecto, cada uno en sus preocupaciones por lo político, por la escuela, por la educación y por la economía. En el caso de Giddens, los dos textos fundacionales de la teoría de la tercera vía son su homónimo *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia* (1999) y *Más allá de la Izquierda y la Derecha. El futuro de las políticas radicales* (1996). Con argumentos similares, ambos textos concuerdan en que es necesario ceder ante la fragmentación extrema y radical entre las ideologías del siglo XX –evocando al socialismo y al capitalismo– dado que solamente fueron insumos filosóficos para movilizar a las sociedades pertenecientes a esa ruptura ideológica; que como proyectos económicos, ambas propuestas son inacabadas y poco prácticas y que la tarea es pensar en una apuesta política pragmática renovada donde las ideas no tengan el lugar privilegiado, sino la

eficiencia, renunciando a caer en cualquier modelo totalitario. Propone que hay cuestiones que escapan a la división ideológica entre la derecha y la izquierda que deberían obligar a que los sistemas políticos sean globales y pragmáticos frente a este cambio de paradigmas. Basado en lo que la agenda política de Reino Unido tuvo que ofrecer sobre la década de los 90 gracias a la figura de Tony Blair, es decir, la consolidación de un sistema socialdemócrata, la propuesta de la tercera vía iba orientada a promover valores como la igualdad, la protección de los débiles, el pluralismo cosmopolita y el conservadurismo filosófico.

En Giroux es posible rastrear planteamientos similares, cuando propone el discurso de la integración. Inscrito en una propuesta pedagógica y escolar, el autor plantea la idea de integración como una apuesta política loable para superar las dificultades que emergen en este contexto. El sociólogo de la educación menciona que, si bien hay diferencias étnicas, de valores y estilos de vida, es posible que todo ello se subsuma en un conjunto de prácticas que promuevan la armonía y la igualdad. Y que, cuando las dificultades o las diferencias aparezcan en el panorama deben ser discutidas y superadas “con la mente puesta en la creación de una «clase feliz y cooperante», la cual tendrá un papel fundamental en la instauración de un «mundo feliz y cooperante»” (Giroux, 1997, p.145). Por otro lado, la propuesta de Massey (2005) va orientada al sentido en el que el espacio debe ser habitado por fuera de lo que la autora denomina las políticas preconstituidas. La geógrafa invita a pensar en un espacio –territorial y cognitivo– que exceda las tensiones políticas e ideológicas. De pensar la política como un encuentro fuera de los límites de los dogmas políticos. Finalmente, a pesar de que Harvey ha reevaluado recientemente mucho de lo que planteó en la perspectiva de la tercera vía, el geógrafo y teórico social en su texto *Los límites del capitalismo y la teoría marxista* (1990) se pregunta por la pertinencia de los dos modelos en cuanto a la propuesta de habitar el espacio y propone, en la misma vía de Massey, una perspectiva global, dado que las contradicciones entre los sistemas políticos tienen como resultado la restricción intelectual y física para apropiarse de los espacios. Incluso, en 1999, Juan Manuel Santos publicó un texto llamado *La tercera vía: una alternativa para Colombia* abriéndole la puerta a las ideas de centro no solo a Colombia, sino a América Latina, en general. Lo cierto es que pareciera que más que superar el dualismo político, los esfuerzos de estos pensadores y figuras políticas devinieron en la materialización de un discurso políticamente correcto.

El punto de partida del conflicto con las ideologías es la lectura que cada una impone sobre los problemas sociales. Por ejemplo, cuando una ideología profundizaba e insistía en un problema de clases, de medios de producción y de control de la propiedad se asociaba a las ideas de izquierda. Por el contrario, cuando la ideología matizaba el control y permitía mayor autonomía financiera, apertura económica y promovía, sobre todas las cosas, el derecho a la propiedad privada, se emparentaba con la derecha. Hay que mencionar que la derecha clásica no estaría de acuerdo con algunos presupuestos del libre mercado, por eso es que, en parte, la distinción "derecha" e "izquierda" no contribuye a explicar con suficiencia el liberalismo, que sería, muy someramente, una mezcla entre liberalismo político y económico que acogen los liberales y las derechas. Sin embargo, estas distinciones dejaron de ser *claras y distintas* cuando ambos modelos ideológicos degeneraron en gobiernos autoritarios –tal y como ocurrió con la URSS–. Así, el fin la Guerra Fría desactivó las preocupaciones globales respecto a dichos problemas. Lo que le permite establecer a Giddens (1996) “que las exigencias de reconstrucción política y eliminación de la corrupción, así como el amplio descontento con los mecanismos políticos ortodoxos son todos, en cierta medida expresiones de una mayor capacidad social de reflexión” (p. 16).

### **1.2.La “secularización” de la política y las ideologías: ¿el fin de la diada derecha-izquierda?**

Hasta ahora, se ha intentado describir brevemente un contexto y los hitos, como el fin de la guerra fría y la emergencia de la tercera vía que han dado lugar a la emergencia de una tendencia "neutral" que busca superar los antagonismos ideológicos predominantes en el siglo XX en occidente. Ahora, nos detendremos a examinar si la tendencia de centro fue tan favorable como se planteó; ¿será que el terreno que aró la tercera vía ha hecho a los ciudadanos más capaces de decidir frente a las distintas agendas políticas? Cuando se separa la política de las ideologías y solo queda gobernar adecuadamente los recursos y regular, entre otras cosas, la fuerza, el poder político se convierte en un asunto de decisiones públicas en torno a un fin común que nada tiene que ver con el ideal de justicia o la protección de la libertad y, más bien, se trata de un ejercicio basado en la masificación de los beneficios, como si fuera algo positivo en sí mismo. Esto, como lo plantea Domínguez (2010) en el lenguaje gubernamental se traduce en políticas de centro y, en añadidura a la idea del autor, hay que mencionar que en su dimensión administrativa se ha traducido en el discurso de la buena

gestión de los recursos, y, finalmente, en el imaginario común se ha instalado como la política sin ideologías y sin polarización. Así, es posible decir que, con la secularización ya enunciada, desaparecen las metáforas políticas. Recordando que por secularización se entiende un proceso de separación, en este caso, entre el dogma ideológico como aquel que vicia el ejercicio político, y el ejercicio político-administrativo, dejando como resultado la buena gestión.

La hipótesis de este trabajo es que la pospolítica, la corrección política y el discurso de la buena gestión se relacionan de una manera muy particular. Estos tres fenómenos, cada uno en sus dimensiones (global, retórica y práctica, respectivamente) apuntan a la negación del conflicto y el disenso como partes constitutivas de la política.

Con todo y que la no violencia, la neutralidad política y la desaparición de los dogmas parecen un horizonte prometedor, vale la pena preguntarse por las implicaciones que pueden tener dichas ideas de centro; por qué es un discurso enmarcado en el de la corrección política -según la hipótesis de este trabajo- y a dónde puede conducir todo ello. En última instancia, se trata de indagar si en realidad esta propuesta saldó y superó las cuentas pendientes entre los antagonismos del siglo pasado o si, tal vez, todo esto se trata de una dinámica de represión y ocultamiento de dichas ideas a las que el centro renuncia, en un grado diferente. Se trata de encontrar las limitaciones y, simultáneamente, el terreno que ara este fenómeno de centro para mantener y posicionar perspectivas políticas y sus respectivos discursos aún más radicales, tal y como sucedió en los años cincuenta en Estados Unidos. De aquí en adelante a ese conjunto de ideas “neutrales” se le llamará pospolítica y a su catalizador lingüístico, la corrección política, que más adelante se examinará. Teniendo en cuenta lo dicho líneas atrás, este discurso es el que aporta a la consolidación de la pospolítica como fenómeno político contemporáneo.

Como sociedad, presos de este deseo de alcanzar la tierra prometida por la tercera vía y su modo de significar y resolver los problemas políticos, se ha naturalizado la idea de que cuestionar este paradigma político es propio del radicalismo del siglo anterior. Entonces nos encontramos en una situación bastante incómoda. Quien se pregunte por los alcances de esta propuesta inmediatamente es enemigo del sentido común y del síntoma de la época, que no

es otro sino la pérdida de la fe en la política porque esta no ha dejado nada más que dolor, insatisfacción, muerte y conflicto.

De todas maneras, creer que el caos tiene orden –y uno que puede ser dictaminado desde la imparcialidad de los números–, es un salto de fe, sobre todo si implica la adhesión a una idea política sea cual sea. Pero, en este caso en particular, así el salto se trate de confiar en que este paradigma de la neutralidad política y que su forma lingüística de apropiarse del mundo puede solventar la diada política de la derecha y la izquierda, puede devenir en dogma.

Retomando de manera general algunas líneas del planteamiento de Mouffe (2003) en *La Paradoja Democrática*, la desacreditación que han sufrido los proyectos políticos tradicionales ha propiciado un escenario donde es común que el discurso del centro favorezca las ideas más retrógradas debido a que, en muchos casos, el carácter de unidimensionalidad y de consenso global al que se aspira comprometen el futuro y la existencia del disenso; el conflicto y la violencia siempre estarán allí donde, por ejemplo, alguien piense que la pobreza se soluciona con emprendimiento y donde otro esté siendo aplastado por la competencia desigual de los emprendedores; allí hay dos imágenes distintas y opuestas del mismo Estado en las que no es posible trazar puntos medios, pues estos, u ocultan problemas estructurales o simplemente no se atienden eficazmente.

Uno de los principios de estas ideas objetivas y neutrales no sólo son los llamamientos a la no violencia y a la no polarización, porque tal y como lo muestra Butler (2010) renunciar a la violencia desconoce de cierta manera que la violencia siempre fue una posibilidad de reaccionar ante individuos y situaciones concretas. Sino que otro de los principios también es cuando, por vía del lenguaje y un uso “correcto” de este, podríamos mejorar nuestra calidad relacional con el otro; configurando un otro no muy distinto al yo, aquel se incorpora al universo propio mediante el uso de unas y otras etiquetas. Porque, como lo recoge Bergua (2015), frente a quienes apoyan esta manera de hacer política “tenemos la obligación ética de bregar con el día a día y de enfrentarnos a nuestro por-venir con energía y con convicción, buscando las soluciones más flexibles, eficaces y aptas para una sociedad flujo abierta a la libertad” (p. 158). Mas, no implica que este sea el mejor camino para lograrlo.

Con esto, la creencia de que es posible establecer un juego de lenguaje donde no exista manera de herir, trazar diferencias, mostrar asimetrías y generar cualquier tipo de exclusión

y violencia ha cobrado mayor popularidad en el conjunto de soluciones inmediatas que se presentan cuando de resignificar los sistemas políticos y la vida se trata. A lo largo del capítulo se ha dicho de manera reiterativa que los que suscriben la pospolítica, la corrección política y la buena gestión no ven que los valores de la izquierda ni de la derecha atiendan a los reclamos del mundo actual, pero, como concluye Mouffe (2003), “creer que los antagonismos que esas categorías evocan han desaparecido en nuestro mundo globalizado, es ser víctima del discurso neoliberal que dicta el fin de la política” (p. 138). Por eso es posible decir que la idea de la neutralidad ideológica tiene un lugar privilegiado, no porque en ella haya “verdad”, sino porque encubre un estado de cosas caóticas y disimiles y huye de ser catalogable; parece ser un lugar muy cómodo del cual es posible ser conscientes, pero no hay voluntad para denunciarlo, porque su misma estructura invalida y menosprecia la denuncia. Después de todo, si se hacen las cosas bien, ¿a quién se le ocurre discutir con eso! Sin embargo, no hay que perder de vista que, al contener ciertos principios y ciertas nociones administrativas, la tercera vía posee un fuerte entramado ideológico, como lo muestra Zizek (2003):

El concepto mismo de ideología implica una especie de *naïveté* básica y constitutiva: el falso reconocimiento de sus propios presupuestos, de sus propias condiciones efectivas, una distancia, una divergencia entre la llamada realidad social y nuestra representación distorsionada, nuestra falsa conciencia de ella [...] el punto principal es ver cómo la realidad no puede reproducirse sin esta llamada mistificación ideológica. La máscara no encubre simplemente el estado real de cosas; la distorsión ideológica está inscrita en su esencia misma (p. 55-56).

Dicho esto, entre otras cosas, es que hasta una posición desideologizadora puede ser ideológica. Además, parece que lo que está de fondo es que no hay mucho qué decir por fuera de las ideologías y que siempre serán vitales en la pugna política. Sin desconocer, que siempre será necesario establecer los puntos críticos de las ideologías. Esto implica, pues, que la intención desideologizadora no escapa al problema de la ideologización.

La cara de esta discusión relativa al lenguaje, tiene que ver con el uso que se hace de este. Esto es que, aquellos que ven en las apuestas de centro una opción real para solucionar los diferentes conflictos sociales, suscriben que, mediante un depurado y purgado lenguaje, se pueden resolver los problemas estructurales a los que permanentemente se enfrenta la

sociedad; con la eliminación de la diferencia, y supuestamente de las ideologías, el resultado puede ser el “alegre consenso” y la suma de voluntades que abogan por que la política sea mera ejecución. Así, el enemigo, el diferente, el otro, lo reaccionario salen de las preocupaciones de la vida y no se sabe exactamente cuál es el lugar del disenso, de la diferencia y de la llamada actitud crítica –a pesar de que se presume que todo ello obedece a una intensa reflexión sobre las cosas que se hacen con el lenguaje–. E inmediatamente se configura un enemigo no de ideas, sino de decisiones prácticas, el enemigo del sentido común: el sujeto que cree en los radicalismos. Allí es donde se politiza al opositor para despolitizarlo, es decir, se tiñe al opositor de un metarelato político radical y se le acusa de anacrónico para invalidar su postura o sus apuestas políticas, haciendo la conocida invitación a pensar bien las cosas y a no polarizar; a mostrarse más sensato con el contexto político actual:

En esta coyuntura política y teórica marcada obsesivamente por el tema del fin, la posibilidad del fin de la política pasa por secularizar la política tal como se han secularizado todas las demás actividades que conciernen a la producción y la reproducción de los individuos y de los grupos: abandonar las ilusiones vinculadas al poder en la representación voluntarista del arte político en cuanto que programa de liberación y promesa de felicidad (Domínguez, 2010, p. 9).

Por eso es posible ver porqué el discurso de la buena gestión administrativa y de las buenas prácticas se ha hecho indiscutible y correcto en una sociedad que ya no quiere discutir ni volver sobre ideas y, más bien, espera buenos resultados –como si eso fuera suficiente para garantizar, en general, una buena vida. Así, como estrategia lingüística y política, el discurso de la buena gestión, se hace políticamente correcto porque es aceptado, practicado y ejercido constantemente por las instituciones y dispositivos de control de manera generalizada. Lo que sitúa a la gestión como la manera en la que se deposita la confianza en los especialistas en administración; en aquellos que no pertenecen a ningún sesgo ideológico.

En suma, el problema que hay con todos estos planteamientos hace necesario revisar cómo la pospolítica, acompañada de un grado de corrección política, abre espacios de participación política y lingüísticos -respectivamente- donde, aparentemente, al disipar las diferencias, se superan. Se trata, en últimas, de revisar cómo el lenguaje de la corrección política, con muchas salvedades, y la apuesta de la tercera vía que terminó en pospolítica,



más allá de celebrar la importancia del disenso, de la diferencia, y de reconocer genuinamente la existencia de los demás por fuera de las mayorías democráticas, les resta importancia y las oculta. Desde luego y a pesar de lo sospechosas que parecen las certezas, más que una racionalidad crítica pareciese que la razón política contemporánea está orientada a asumir que es suficiente con tomar buenas decisiones administrativas y “quizá la lección que deba aprenderse es que algunas veces es indispensable una dosis de alienación para la coexistencia pacífica. A veces la alienación no es un problema, sino una solución” (Zizek, 2008, p. 79) y para este caso esa alienación es una solución pragmática. Ese es precisamente el lugar más peligroso de lo que adviene el fenómeno pospolítico: un desarraigo de la conciencia con la realidad y sus fracturas y es precisamente en ese desarraigo y en esa extrañeza donde el sentido neutral y su gramática de la homogeneidad se constituyen como lo deseable.

En un sentido lingüístico, el gesto que hace la corrección política frente a este fenómeno no solo es depurar y despolitizar el lenguaje. Lo que ocurre, además, es que crea un muro sólido que impide el paso y la posibilidad de llamar a las diferencias estructurales por su nombre; levanta un muro con la intención de que ese ejercicio de ‘invisibilización’ se entienda como sano para garantizar la vida en sociedad; con la creencia de que el lenguaje abre espacios de encuentro y que es posible comunicarse sin ningún riesgo de incurrir en gestos violentos o en un acto de remarcar asimetrías. En palabras de Zizek: “el «muro del lenguaje» que me separa eternamente del abismo del otro sujeto es a la vez lo que abre y sostiene este abismo; el auténtico obstáculo que me separa del más allá es lo que crea su espejismo” (Zizek, p. 92, 2008).

He aquí un obstáculo político y nominal: es evidente que cosa tal como ese universo objetivo y pospolítico que traza la pretensión de la no violencia, de la sociedad sin fracturas y de la aspiración al consenso, no es del todo loable. Con todo lo que se pueda pensar a favor de la constitución de una propuesta política capaz de separarse de las ideologías, la mayor dificultad a la que se enfrenta no sólo tiene que ver en cómo se va a implementar a nivel global o como conciliará las diferencias, la dificultad tiene que ver con que, a pesar de cuestionar el papel polarizante de las ideologías, incurre en un proceso de ideologización. Porque las ideas de gestión y de masificación del beneficio pertenecen a algún lugar y a

alguna apuesta política, como también la necesidad de invisibilizar ‘amablemente’ a quienes se opongan a esta perspectiva ‘conciliadora, demostrando que nada escapa a la ideología.

Conviene subrayar, como lo plantea Mouffe (2003), que se nos ha dicho que esta es la mejor versión que tenemos de un sistema político que no tiene que versar sobre las ideas ya debatidas y que, más bien, debemos situarnos en un plano diferente donde la verdad de los hechos está en su eficacia. No en vano, la parte que no se ha contado de esta historia es en la que precisamente ese “desapego” por las ideas y la presunción de que nuestros problemas epocales han superado a las ideologías contiene una opacidad peligrosa. Al respecto Althusser (1971), menciona:

Toda ideología representa, en su deformación necesariamente imaginaria, no las relaciones de producción existentes, sino ante todo la relación (imaginaria) de los individuos con las relaciones de producción y con las que de estas se derivan [...] en la ideología no se representa el sistema de relaciones reales que rigen la existencia de los individuos, sino la relación imaginaria de estos individuos con las relaciones reales en que viven (p. 51).

Lo que permite dar una puntada parcial sobre el tema relacionado con la gestión: la eficacia no es una expresión del lenguaje que escapa a la interpretación e intervención política. La eficacia, entraría como una representación imaginaria de la relación de los individuos con su realidad, aun cuando se perciba como práctica. Lo anterior, contrario a los planteamientos de los abanderados de la tercera vía, muestra que las ideologías no son el norte de la acción política, sino que éstas dotan de sentido y que no pueden ser separadas del quehacer político; se necesita un modo de existencia que oriente la capacidad de hacer de una sociedad, por eso, gracias a las ideologías cada sociedad tiene la posibilidad de configurar sus instituciones, visiones y modos de ser en el mundo.

Es allí donde está en problema con los teóricos de la tercera vía, suscribir y poseer una ideología no es una deformación racional o un engaño. En un sentido amplio, las ideologías no sólo interpretan la realidad, sino que trazan horizontes de sentido. Por eso, la opacidad peligrosa que hay en la renuncia a las ideas políticas radica en que, a pesar de que en apariencia están renovadas, si dicho discurso no hace visibles sus retos y sus apuestas – o

lo que es igual, su entramado ideológico- puede, en medio de la ambigüedad, ser un discurso tan violento como el aparente radicalismo al que quiere renunciar.

A este respecto sólo hay que hacer una mirada general al panorama mundial generalizado de occidente. Si la popularidad que ha ganado el discurso de la tercera vía, su manera de describir el mundo y de `resolver´ los conflictos han sido óptima, ¿por qué se siguen reproduciendo múltiples escenarios de violencia o porque cada vez es más común el ascenso de los sectores más conservadores al poder? Hay dos posibilidades, o todo ello obedece a la expresión de la verdadera racionalidad de la apuesta política `neutral´ o no se cumple el pronóstico de Giddens (1996): ni con la posibilidad de la tercera vía nos hemos hecho más racionales. ser `neutro´, especialmente ante las injusticias, solo ha propiciado el fortalecimiento de la hegemonía opresora.

Todo esto remite a algunas cosas que también se debatieron en las discusiones de la biopolítica que puso sobre la mesa Foucault, sobre todo con los seminarios compilados en *Defender la Sociedad* (1975-1976). Esto tiene que ver con que, incluso querer constituir una sociedad que ha “superado” los mecanismos violentos de exclusión y cualquier tipo de diferencia a partir de la captura de la vida en el aparato político, no cumple esos propósitos de racionalidad crítica y homogenización por completo pues, la vida –o la muerte–, se está renovando y redefiniendo constantemente en el límite donde es posible contenerla. Razones por las que se puede establecer que al contenerse la vida con la intención de que, de alguna manera, todos vivamos la misma vida, implica un sentido violento, disciplinario y regulador ¿o de qué otra forma se alcanza tal ideal?! La pospolítica y el establecimiento del umbral que determinan la condición de posibilidad de la vida y muerte, en palabras de Agamben “coincide con el proyecto biopolítico de producir un pueblo sin fractura” (2006, p. 228).

Preguntarse por esta apuesta política hace latente una preocupación ya planteada por Rancière (2018): el sistema liberal mundial cerró con candado todas las posibilidades de una transformación fría, es decir, sin violencia, mediante la concertación y la negociación. Como si el universo fuera un conjunto indefinido, sin fuerzas identificables donde toda esa incertidumbre y fragilidad solo estuviera orquestando la llegada de un sistema de dominación más fuerte. Y de manera metafórica hay que agregar ¿qué pasará cuando el candado tenga que ser forzado a abrirse?

Las incomodidades con los teóricos de la tercera vía son claras: es importante replantearse los escenarios políticos pero, ¿cómo se anulan las diferencias cuando, entre otras cosas, hay gramáticas y fuerzas opuestas trabajando en el discurso pospolítico que no se pueden reconciliar con perfección?, ¿de qué manera se puede sostener una teoría socio-política que oculta y niega abiertamente las asimetrías y los problemas estructurales sociales?, ¿por qué la pérdida de la confianza en los ideales políticos, el auge de los discursos de centro y la invisibilización lingüística de los conflictos, han permitido un avance de los partidos políticos populistas de derechas en América Latina de manera generalizada, en vez de ser el discurso de centro el que media los modelos tanto de izquierda, como de derecha?, ¿por qué seguir apuntando a la idea de un consenso inaccesible en vez de valorar un sistema político por su capacidad de construir en medio de las distintas confrontaciones que pueda suscitar?,

La promoción del discurso de centro, en efecto, declara conjurar las mejores ideas de ambas ideologías como, por ejemplo, cierto equilibrio ente la libre empresa y la protección de la economía local. Pero parece que, de cualquier forma, esta nueva manera de hacer política no resuelve los problemas políticos ni estructurales ni particulares, los oculta mediante un ejercicio de minimización e invisibilización, que puede reflejarse en la famosa frase ‘¡Ese tal Paro no existe!’, expresión usada por el expresidente de Colombia Juan Manuel Santos para los medios de comunicación, durante los fatídicos sucesos que tuvieron lugar durante el 2013 relacionados con el Paro Agrario en Colombia.

Es importante seguir con el esfuerzo de tematizar aquello que se erige como intematizable e incuestionable: la pospolítica, el fenómeno de lo PC y el discurso práctico de la gestión. Lo cierto es que se ha llegado a una primera conclusión: ni con el auge de la tercera vía se renuncia a la pospolítica, antes bien, ambas se confunden, por tanto, sus materializaciones tampoco escapan de pertenecer ideológicamente a alguna perspectiva. La ideología propia de este fenómeno pospolítico solo puede ser neoliberal<sup>10</sup> y sus apuestas

---

<sup>10</sup> Sandoval (2007), menciona que el neoliberalismo se puede comprender como el hábil manejo de intereses políticos y la generación de nuevas coaliciones. Como un tipo de intervención del sector bancario que ha dependido, en mayor grado, del carácter de las bases sociales que sustentan el régimen político, y no de la ideología particular de los dirigentes estatales en turno, ni de la estructura institucional del gobierno. En otras palabras, dirá la autora que se trata de un proyecto político donde los intereses y ambiciones de coaliciones rentistas se imponen a la racionalidad económica.

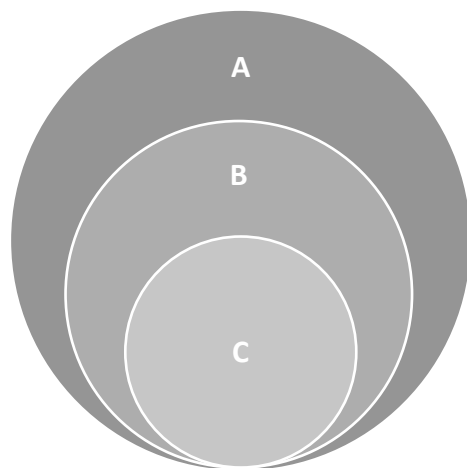
meramente administrativas ¿o es que la ‘buena gestión’ no es un fenómeno económico con raíces en tales apuestas?

Para continuar ampliando la comprensión de los vínculos entre los tres conceptos centrales para este trabajo, será necesario analizar los matices que permiten vincularlos teniendo en cuenta los hitos de emergencia que hasta aquí se han descrito, hitos como la emergencia de la tercera vía y la popularización de los discursos de centro. Ahora, para trasladar esta discusión a un plano político más filosófico, será necesario dedicar los esfuerzos a tejer conceptualmente a qué se refiere cada cosa para, finalmente, aterrizar la preocupación en un ejemplo cercano a la realidad inmediata en el contexto colombiano.

## 2. VINCULOS CONCEPTUALES ENTRE POSPOLÍTICA, CORRECCIÓN POLÍTICA Y DISCURSO DE LA GESTIÓN

Para sostener que este tiempo pospolítico tiene como catalizador lingüístico la corrección política y una esfera practico- discursiva que es el discurso de la gestión, será necesario mostrar los rasgos de un concepto y otro que permiten establecer esta relación. Desde los años noventa hasta la actualidad, ha cobrado popularidad aquel planteamiento según el cual las mejores ideas son aquellas que funcionan, apelando al sentido común de los ciudadanos de a pie que necesitan que se hagan más cosas, y que se digan menos; mostrando que hoy por hoy la no-ideología es la aspiración utópica del presente, condenando a la sociedad a un vacío político. Incluso, todo lo anterior puede pensarse como un marco cultural que hace posible lo pospolítico; un escenario donde el discurso político ha perdido toda fuerza performativa, casi que toda confianza por parte de la ciudadanía, en últimas, no tiene incidencia y está desacreditado.

Para explorar de qué manera ocurre todo lo descrito, este capítulo estará dividido en dos apartados. El primero, dedicado a describir y explicar a qué se refiere el concepto de pospolítica. Y, seguido de esto, en un segundo momento se dará cuenta del sentido en el cual se habla de lo políticamente correcto, por supuesto, a la luz de la pospolítica, de modo que permita sostener la premisa según la cual la corrección política es el catalizador lingüístico de la pospolítica o, más bien, su materialización discursiva. El sentido general del capítulo busca argumentar en favor de plantear el problema como un sistema articulado del siguiente modo:



**A=** Pospolítica (como fenómeno global).

**B=** Corrección política (como materialización discursiva).

**C=** Discurso práctico de la gestión (dimensión práctica).

*Fig. 1. Vínculos entre los conceptos*

## **2.1. Sobre la Pospolítica: la sumisión de las utopías al imperativo pragmático de la realidad política**

Para comprender la pospolítica es oportuno ver en qué tipo de contexto de análisis emerge, para complementar el contexto de emergencia histórica, descrito en el capítulo anterior. Dentro de la teoría filosófica- política, los paradigmas políticos contemporáneos están fuertemente relacionados con el concepto de biopolítica, o lo que es lo mismo de cómo la vida ha estado captada en toda su extensión por la política y la desaparición de la vida pública y privada, ocasionada por la existencia de múltiples dispositivos e instituciones que naturalizan tal proceso. Ese es el caso de la pospolítica, que hereda elementos de los mecanismos biopolíticos de control, como la docilización y disciplinamiento que ampliamente se han discutido gracias a pensadores como Foucault en *Defender la Sociedad* (1976) y *Vigilar y Castigar* (1975); Agamben, en las primeras entregas de *Homo Sacer* (2003) y Esposito en *Bíos. Biopolítica y filosofía* (2006). Antes del paradigma pospolítico, estaba con suma fuerza y centralidad el concepto de biopolítica del cuál la pospolítica es sucesora.

Como lo muestra Agamben (2006), la biopolítica se constituye en la zona fronteriza que se amplía con la aparición de sucesos tales como el campo de concentración. Se sitúa en la convergencia de las ciencias médicas y biológicas (en tanto se supone preservan la vida) con la vida política. A través de la biopolítica, se supera constantemente todo lo que prefigura como lo disonante en tanto que, a partir de la captura de la vida, está renovando y redefiniendo, constantemente, el límite donde es posible contener la vida- o la muerte-. La biopolítica y el establecimiento del umbral que determinan la condición de posibilidad de la vida y muerte, en palabras de Agamben “coincide con el proyecto biopolítico de producir un pueblo sin fractura” (2006, p. 228), como ya se ha comentado. Esta aspiración de la ausencia de fracturas, es decir, de borrar la línea entre excluidos y el pueblo (como los incluidos) es consecuencia de la complejidad que representó el campo de concentración y sus pretensiones de igualdad entre pares y la aniquilación del otro.

Y es precisamente donde aparece una manera de articular la pospolítica a la biopolítica: dado que la biopolítica se basa en el conocimiento médico y científico

(imparcialidad), los paradigmas políticos posteriores también tendrán que vérselas con la indiscernibilidad que trae consigo la neutralidad investida de ciencia. Así que, lo que antes era sustentado a fuerza de la medicina, tiene un equivalente más contemporáneo; los discursos de gestión y neutralidad política -en últimas, la tecnocracia- son a la pospolítica lo que la medicina a la biopolítica; la manera en la que se sustenta su fuerza discursiva.

En consonancia con eso, también es necesario hacer notar lo siguiente: la pospolítica es biopolítica en tanto que sitúa a la vida misma en el centro de cualquier procedimiento político y, al igual que en la biopolítica, promueve la retirada del gran otro, la obligación de tomar decisiones aparentemente cada vez más racionales en el escenario político. en el fenómeno pospolítico, además, se excluye y se reprime uno de los elementos políticos más importante, el disenso y, así cumple con la aspiración que se plantea de situar todo lo anterior en un nivel cero: el régimen de la interpasividad y de la unidad política por consenso, anulando la posibilidad de que incida un problema particular en una condición universal, impidiendo su respectiva metaforización y universalización -en el sentido de ser considerada por todos- y conducir toda decisión política a la solución de problemas puntuales. Dicho de otra manera, mientras los problemas *se puedan solucionar*, se anula la fuerza del disenso como aquella que puede generar espacios de participación y cambio.

Piénsese en el siguiente ejemplo: En un régimen pospolítico es probable que prevalezca el problema de la pobreza y la desigualdad social, pero es fácil hacer que la gente no se subleve si, por ejemplo, a unos se les plantea la posibilidad de hacer terapia respiratoria para controlar el hambre y a otros se le dan ayudas a corto plazo (mercados, anchetas) para que dejen de tener hambre. Lo que hace la pospolítica es transformar los problemas estructurales (o universales) en sucesos concretos (particulares-individuales) no para resolverlos, sino para evadirlos, evitar que escalen a cuestiones de interés masivo, minimizando el riesgo de que un problema sea un asunto vinculante y desestabilice el pragmatismo administrativo de la efectividad.

Así, a diferencia de la biopolítica, el fenómeno pospolítico no pone en entredicho la vida, a pesar de que el ‘cuerpo nudo’ o la *nuda vida* permanece indiscernible del escenario político; a pesar de que permanecemos en la existencia, en el fenómeno pospolítico se constituirá no solo un terreno incierto producto de la desnudez, sino que el mismo fenómeno



político es indistinción, una indistinción deseada hija del castigo a las ideologías. El malestar de ‘la gente de a pie’ se transforma en la esperanza de la nueva plenitud social, una que apunta a una sociedad sin fracturas: una sociedad apolítica. Retomando el ejemplo de los que hacen terapia para ver el hambre como ayuno y los que “ayunan” debido a la pobreza, un resultado pospolítico es o bien romantizar el hambre y usarla a favor de algo (un nuevo estilo de vida, una mejor apariencia física) o mostrar el hambre como un factor que es posible sortear de a pocos y no como un problema que aqueja a una buena parte de la población mundial y que necesita estrategias al respecto, además de sacar el problema del ámbito de la responsabilidad política de un gobierno. ¿Cómo detectar a un romántico pospolítico? Cuando públicamente – y sin un ápice de vergüenza- invisibiliza un problema político diciendo cosas como el famoso refrán “el pobre es pobre porque quiere” (lo que hace pensar que habría que preguntar si el que tiene hambre es porque quiere).

Con lo anterior, hay que establecer que en el fenómeno pospolítico se solapan dos dimensiones: la dimensión biopolítica como aquella que regula la vida, la seguridad y el bienestar en un Estado y un rechazo generalizado a las causas ‘mayores’ a nivel ideológico. Lo que era regulación de la ‘nuda vida’, ahora es regulación de la vida por el conocimiento administrativo; donde había disputa ideológica, ahora es la obsesión por la renuncia a ellas y el miedo a su retorno: el miedo al ‘barbarismo’ subyacente a una sociedad con diferencias radicales<sup>11</sup>. El miedo a que nuestros aparatos políticos no puedan englobar los fenómenos sociales en su gramática de la homogenización. Aquí es posible plantear que en un régimen pospolítico y políticamente correcto hay un problema de correspondencia entre los problemas particulares y estructurales, aun cuando un sistema pospolítico minimiza ambos problemas y

---

<sup>11</sup> Para comprender la diferencia entre lo que significa la nuda vida para Agamben y lo que podría significar en este análisis es que para el primero, la nuda vida es aquella que en un sistema biopolítico queda expuesta y de la que, a su vez, se puede disponer ya que su lugar “político” es la ambigüedad, y es esa ambigüedad la que la pone constantemente en peligro y le mantiene expuesta. Para ilustrar eso, piénsese en el caso de un migrante, sin documentación que es víctima de robos y cualquier tipo de violencia en la comunidad donde habita. Su condición legal le impide pedir ayuda y acompañamiento en esta situación, así que no tiene más remedio que “tolerar” lo que pasa en su comunidad, dado que es preferible eso que volver deportado a su país. Por lo que, probablemente el Estado en este caso no es quien dispone legalmente de la vida del migrante (o no en el sentido de asistirle) pero su comunidad comete toda clase de vejámenes contra él para “legitimar” cosas al interior de su comunidad. Ahora, en un régimen pospolítico los vejámenes que padece la nuda vida (esa que se sabe que está, pero no se reconoce de manera oficial y empática) no son solo aquellos que se ejercen violentamente sobre la persona, sino que se le invisibiliza a fuerza de que para un régimen pospolítico la nuda vida no es más que “gasto”: gasto financiero, gasto administrativo. Al no ser más que un problema, la nuda vida sigue existiendo como aquel espacio de indiscernibilidad no solo como mecanismo “legítimo” de control, ahora como aquella vida relegada a los umbrales de vida pospolíticos.

traza un aparente horizonte en que las soluciones correspondientes a cada problema social existen y se resuelven. Así que no se trata de versar sobre lo universalmente necesario y correcto, simplemente de llamar la atención en que la pospolítica tiene como finalidad no resolver ninguna de estas cuestiones de la manera eficaz que se propone hacerlo; se trata de mostrar que la tecnocracia y la neutralidad correspondientes a este paradigma político invisibilizan todas las situaciones a resolver, simulando que están resueltas o en resolución. De nuevo téngase en cuenta el ejemplo anterior del hambre: ¿ver el hambre como una forma de vivir soluciona el problema? No, pero al menos no existirá “propaganda” que afecte el problema de percepción del hambre. A veces, en un régimen pospolítico solo basta con cambiar una descripción de un problema para que la percepción de este y su gravedad se minimice. De ahí la importancia de reparar en un lenguaje discursivo enunciado como políticamente correcto.

En este punto hay que preguntarse ¿será cierto que todo lo que atañe al ejercicio político esta cobijado por la necesidad de soluciones inmediatas?, ¿en todos los casos, las soluciones inmediatas son la mejor alternativa para dirimir las fracturas que existen en las sociedades contemporáneas? ¿Las soluciones inmediatas son soluciones en sentido estricto?

Al respecto, es apropiado retomar algunas ideas planteadas en el capítulo anterior. Se ha puesto en duda, por un lado, el asunto de las soluciones inmediatas, tratando de mostrar que estas no son más que aquellas que toman provecho de la oportunidad, sin dar soluciones oportunas. Por otro lado, acorde con Domínguez (2010), que este fenómeno -el de la pospolítica- obedece a la despolitización de las acciones políticas, de la vida en sociedad y de nosotros mismos como sujetos capaces de agenciar discursos e ideologías políticas. También, se ha mencionado que obedece a una exacerbada razón instrumental que renuncia al plexo de ideologías disponibles y al conflicto que hay entre ellas, de modo que las decisiones políticas son cada vez menos pasionales y más racionales; la pospolítica emerge en el contexto de la necesidad de renovar el paradigma político y en la renuncia al radicalismo de la división izquierda- derecha a nivel global. Así, se ha subestimado el impacto del fenómeno pospolítico pues, basándose en un conjunto de soluciones aparentes a los problemas sociales, no ha dejado espacio para la incertidumbre propia de la experiencia

política; la pospolítica se ha erguido como la mejor forma posible de la experiencia política donde

En definitiva, se trata de promover "el retorno a la primacía de la economía" pero no en perjuicio de las reivindicaciones planteadas por las formas postmodernas de politización, sino, precisamente, para crear las condiciones que permitan la realización más eficaz de esas reivindicaciones (Zizek, 2008, p.70).

La pospolítica prospera cuando muestra que hay un malestar generalizado frente a las ideologías y lo que ‘dejaron’ de representar; que ya no existe suelo estable que permita pensar en el tinte ideológico más adecuado al que deben pertenecer los poderes y que es necesario que en toda sociedad contemporánea se cultive un carácter reflexivo que permita poner en tela de juicio cualquier indicio de certeza ideológica -así esa certeza se exprese como la no certeza ideológica-, mostrando que hoy por hoy, suscribir una ideología es del orden de lo patológico pues, como lo recoge Velasco (2017):

La exclusión de los sujetos colectivos emergentes es una decisión performativa, que por la vía de la negación busca definir y amurallar los límites de la normalidad política. Dicho de otro modo, el propio diagnóstico de las patologías sociales resulta ser el movimiento político de una de las partes en liza. “Post-política” es el término que la reflexión académica emplea para denotar esta suerte de régimen epistémico<sup>12</sup> y social en el cual la acción y la expresión de los nuevos sujetos colectivos son desprovistas de toda legitimidad, y condenadas a la invisibilidad (p. 180).

La duda y la sospecha siempre son bienvenidas y vitales en la construcción de conocimiento y en el reconocimiento de nosotros mismos y los otros, y sobre todo es necesaria en la construcción de un nuevo espacio- tiempo político, pero ¿qué no es también producto de una suerte de fe suscribir que las ideologías son producto de la irreflexividad? ¿no es también una certeza poco fundamentada pensar que la no-ideologización de la sociedad será suficiente para vivir en un alegre y perpetuo consenso político? ¿Realmente a qué nuevo tiempo político nos enfrentamos? En esa perspectiva, es válido pensar que, producto de una nueva ilustración política los tiempos venideros para las sociedades

---

<sup>12</sup> Como lo recoge Velasco (2017) en su análisis, la línea foucaultiana seguida por Jacques Rancière, se denomina “régimen epistémico” a la serie de mecanismos normativos y discursivos que regulan aquello que merece tener valor de verdad y legitimidad.

contemporáneas socialmente son mejores; que la administración de los problemas y la posibilidad de solucionarlos eficazmente muestra que es posible una coexistencia sana en comunidad y que la agitación propia de la vida política puede ser una preocupación menos. Como se sostiene en el texto de Žižek, *En defensa de la Intolerancia* (2008):

La post-política<sup>13</sup> moviliza todo el aparato de expertos, trabajadores sociales, etc. para asegurarse que la puntual reivindicación (la queja) de un determinado grupo se quede en eso: en una reivindicación puntual. No sorprende entonces que este cierre sofocante acabe generando explosiones de violencia "irracionales": son la única vía que queda para expresar esa dimensión que excede lo particular (p.40).

Así, es posible retomar el problema planteado anteriormente: no se trata de un problema de estructuras, de particulares y de universales. Se trata de cómo a través de la pospolítica no se atiende ni a lo uno ni a lo otro; de cómo, en últimas, el mecanismo es la invisibilización y la respuesta inmediata es violenta o de inclusión en un registro discursivo neutral. Ante la represión, en el sentido de impedir hablar de la radical diferencia social, sólo adviene la violencia exacerbada para manifestar el disenso.

Otro rasgo que es necesario describir de la pospolítica es el espacio-tiempo que configura. Es fácil, desde esta perspectiva, remitirse a los fenómenos políticos y a las ideologías antagónicas de derecha e izquierda como acontecimientos lejanos y ajenos que tuvieron sus espacios específicos de desarrollo histórico y que, dada la lejanía con la que se presentan, no van acorde con el momento político de profunda reflexividad en el que estamos. Entonces, el conjunto de descripciones pospolíticas de la realidad son aquellas que se basan en dar la sensación de que, producto de los antagonismos políticos, hay un mundo desorganizado y lleno de conflictos que *se pueden solucionar*, siempre y cuando la política sea llevada a un nivel imparcial, dicho de otro modo, una descripción pospolítica se caracteriza por describir un tiempo político caótico como precedente, que necesita un gran consenso y soluciones que funcionen para organizar tal caos en el ahora, convirtiendo el futuro político no en una promesa de realización ideológica, sino más bien, en una expansión

---

<sup>13</sup> Por cuestiones de la traducción trabajada del autor, es necesario aclarar que pospolítica y post-política hacen referencia al mismo fenómeno.

del presente inmediato que se puede resolver: la promesa de la pospolítica es ocuparse del *arte* de lo administrativamente posible.

Así, la característica propia de la pospolítica es la interpasividad de la que se vale para validar su discurso de neutralidad y corrección política. Cuando se reprime el debate político, ensalzando el pensamiento y el aparente racionalismo como el discurso loable y cuando se le asigna el lugar de la política *a los que saben*, hay menor riesgo no sólo de que haya lugar para los antagonismos y el conflicto, sino que cualquier ápice o de ideología pasa desapercibido o ¿quién acusaría de malintencionado a un mandatario que ejecuta *bien* su cargo? Es precisamente en esa paradójica ausencia de duda donde aparece la característica interpasiva de la pospolítica. Justamente cuando la política alcanza un nivel cero de emocionalidad, de pasiones, y se impide la aparición de los deseos ideológicos es cuando la pospolítica es interpasiva, ya que muestra su profunda e intencionada desconexión de los problemas sociales y sus respectivas consecuencias; mostrando que el mejor camino para gobernar es desde la pobreza de empatía y afecto para ampliar el efecto de utilidad y efectividad propios de su discurso político, erosionando no solo la capacidad de asumir una ideología u otra, sino la manera en la que nos configuramos como sujetos, ahora políticamente sin ningún deseo más que vivir el presente *de la mejor forma posible*.

Lo pospolítico se convierte en un deseo con contenido vacío, es decir, un no-deseo que, por lo mismo, cobra cualquier significado, a conveniencia. Se impone el consenso, y allí, sin deseo y sin disenso, la política se ejerce interpasivamente. La pospolítica es, entonces, la pérdida de la experiencia política auténtica, tiene como intención desdibujar toda forma humana que vaya en contra de la *buena* ejecución. Es la política de la interpasividad en tanto promueve un esfuerzo emocional menor y la inacción, donde las relaciones personales dentro de una sociedad civil son más parecidas a asociaciones superficiales que al cuidado y la vida en comunidad – como si la interpasividad fuese el castigo justo que deben recibir las ideologías y la manera en la que se hacía la política tradicional-. La manera en la que esta interpasividad ocurre es unilateral, es decir, no involucra a los sectores políticos que ejercen la gestión. Es unidireccional en la medida en que, una vez la “masa” se encuentra saciada por la efectividad renuncia a imponer su voluntad, y así la única voluntad que se impone es la *buena* voluntad de los expertos de lo posible. De modo que la renuncia al cambio, a la

agitación y al disenso es la manifestación de la interpasividad pospolítica. La interpasividad pospolítica es aparentemente vinculante y, a su vez, profundamente excluyente: todos saciados por la gestión, sin derecho a disentir frente a ella.

Entonces ¿cuál es el vínculo de la pospolítica con las apuestas de la tercera vía? Si bien en el capítulo anterior se sostuvo que los movimientos relacionados con la tercera vía araron el terreno para que emergiera la pospolítica como un nuevo paradigma de control y gobierno, en esta perspectiva también es posible afirmar que pospolítica surge junto con las ideas de “La tercera vía” porque esta es aquella apuesta administrativa donde se cede ante la fragmentación extrema de las ideas de izquierda y de derecha y se promueven discursos más medidos donde los grandes proyectos utópicos y de emancipación están sepultados, ya que ningún ‘extremo’ llena las expectativas de la ejecución política, haciendo ver a las ideologías como un fenómeno casi religioso: un problema de creencia, de confianza y de fe, y no de los modos en los que las instituciones y sus dispositivos orientan los propósitos políticos. En pocas palabras, se sucumbe ante la necesidad de dar soluciones concretas a problemas inmediatos, de modo que estos no se conviertan en un problema común o universal; de modo que no quede espacio para la sublevación ante un problema común.

La apuesta de la tercera vía aglutina técnicas administrativas, la renuncia a las ideologías y la confluencia de personas atemorizadas por el “fantasma” de las fracturas sociales y de los radicalismos. El “truco” es, precisamente, que en cierto sentido no se refiere a nada, que no se da respuesta a nada, solo se genera falta de unidad entre los agentes, a causa de la dispersión pospolítica (o de la tercera vía).

Es posible, en este punto, establecer algunos rasgos comunes entre la apuesta política de la Tercera Vía y lo que en la discusión político- filosófica es la pospolítica. Las ideas de la tercera vía cobran suma popularidad en un contexto donde se procura impulsar la globalización como una manera de superar las brechas de la inequidad social a nivel mundial. De acuerdo con Mouffe (2003), la moderna democracia pasa por un momento de indeterminación. Este es un nuevo tipo de institución social en la que el poder es aparentemente un lugar vacío, y, sin embargo, ¿cómo es que la neutralidad administrativa logra catapultar políticamente a las ideas hegemónicas? Así, como lo ha expuesto Zizek (2003, p. 34), la paradoja de un sistema pospolítico está en que no existe ningún verdadero

universal sin conflicto político, sin una "parte sin parte", sin una entidad desconectada, desubicada, que se presente y/o se manifieste como representante del universal, razón por la cual es necesario que alguien ocupe la silla vacía que, aparentemente, deja la pospolítica en cuanto a su nivel ideológico, reiterando su conexión con las sociedades de control porque permanece implícita la figura del ojo que lo vigila todo.

Por ello, como lo menciona Zizek (2008) "sostener que las buenas ideas son "las que funcionan" significa aceptar de antemano la constelación (el capitalismo global) que establece qué puede funcionar (por ejemplo, gastar demasiado en educación o sanidad "no funciona", porque se entorpecen las condiciones de la ganancia capitalista)" (p. 33). Así que la confianza en esta propuesta neutral (pospolítica) conduce a una cosa: el retorno a la primacía económica donde las relaciones sociales continúan marcadas por las relaciones de mercado -como si fuera un estado objetivo de cosas-. Es una radical y a la vez sutil repolitización de las cosas en tanto que las causas ideológicas deben permanecer inactivas; y en cuanto a su dimensión económica, prevalece el sentido desarrollista y global. Por eso, no debe causar perplejidad el avance de los gobiernos de derecha bajo la bandera pospolítica; después de todo, el problema radica en que la despolitización de la economía favorece a la derecha populista con su ideología de la mayoría moral" (Zizek, 2008, p. 60), agregando que no solo constituyen una mayoría moral, sino aquella en capacidad de ocupar, mayoritariamente, el lugar de los que saben, y eso es algo que no puede obviarse y más bien, se suscribe interpasivamente en un sistema pospolítico porque los dogmas de la doctrina económica liberal constituyen un consenso indiscutible. Y, por eso mismo, tales dogmas escapan al foco de la disputa y se convierten, por el contrario, en el marco de toda discusión posible (Polo, 2018, p. 859). En síntesis, la tercera vía va por la vía del centro puro, la de la pospolítica, y se nutrirá de un pavimento discursivo que le permite transitar –la corrección política-. Razón por la que es valioso retomar a Mouffe (2003), pues, según la autora, en un mundo cada vez más unidimensional, en el que cualquier posibilidad de transformación de las relaciones de poder ha quedado eliminada, lejos de construirse un avance político, se compromete el futuro y la auténtica experiencia política. Así la pospolítica es entendida como la sumisión de las ideologías al imperativo de *hacer y ejecutar*, como si esa fuera la realidad política objetiva.

Para avanzar en el análisis será necesario ver de qué manera es que este discurso pospolítico, neutral, de centro y conciliador se incorpora a nuestro aparato simbólico y nominal. Ya se ha planteado una intuición y es que nada de lo anterior sería posible si no existiese un lenguaje que aglutine todos esos símbolos que muestra el fenómeno pospolítico; este es lo políticamente correcto.

## **2.2. La corrección política como el ejercicio retórico de la pospolítica**

El deber de un Estado moderno es, fundamentalmente, la protección de sus ciudadanos. Así que cualquier medida que promueva dicho cuidado es loable mientras que la única manera de vivir bien esté mediada por la existencia del establecimiento. Sin embargo, muchas veces la legislación disponible, las asociaciones políticas, y el conjunto de soluciones que hay para determinados problemas, sobre todo los que atañen a la discriminación social, no son suficientes para prevenir, evitar y reparar a los individuos que se ven involucrados en tales asuntos. En medio de esa crisis de representación, de ejecución y de protección de ese grupo de otros que no puede ser absorbido y anulado por la gramática de la homogenización, es cuando aparece lo políticamente correcto como manera de prevenir esos ejercicios de vulneración de los otros. Para continuar con el análisis hay que tener en cuenta lo que muestra Fairclough (2009) en *Políticamente correcto: la política de la lengua y la cultura*:

Dado que los seres humanos son reflexivos, siempre existe necesariamente una interconexión dialéctica entre lo que hacen y cómo lo representan, lo valoran y cómo se identifican a sí mismos y lo que hacen. Considerar a la cultura como un sistema de significados también ayuda a clarificar la relación entre la cultura y la lengua: las culturas existen como lenguas, o mejor, como lo que llamaría discursos (y su puesta en acción como ‘formas culturales’ y su inculcación como identidades, como géneros y estilos (p. 498).

Entonces esto sitúa a lo políticamente correcto como un fenómeno lingüístico y cultural y no propiamente como un fenómeno político. Sin embargo, según Hughes (2011) lo *políticamente correcto* (political correctness), está asociado con una práctica lingüística donde se busca menguar el efecto de significación dentro del aparato social que hace uso de etiquetas que normalmente están asociadas a grupos sociales minoritarios y sus luchas sociales. Por eso, el fenómeno de lo políticamente correcto está emparentado con cambiar las percepciones y creencias de la sociedad frente a ciertos estereotipos sociales; se trata de



eliminar por vía de la enunciación todo gesto que refiera o genere exclusión de un grupo social u otro. Los problemas clásicos –por llamarlo de alguna manera– a los que se enfrenta la pregunta por lo políticamente correcto están relacionados con el racismo, el ambientalismo, la xenofobia, el antisemitismo, los derechos animales, los asuntos de género, los problemas de clase, la preferencia por una religión, los crímenes de odio (hate crimes) y la doble moral (double standard), etc. En pocas palabras, preguntarse por el significado de lo políticamente correcto nos sugiere poner en constante tensión referencial y nominal todo aquello que implique la toma de posturas claras frente a la configuración de sujetos sociales desde la discriminación. Así, Hughes (2011) propone la corrección política como aquella que protege a determinados grupos sociales de vulneración, ridiculización y discriminación de las cuales ya han sido víctimas y se espera que no sea un ejercicio que se continúe replicando; lo políticamente correcto es una práctica nominal y de sentido que, en principio, busca disminuir el riesgo de hacer del (los) otro (s) objeto de caricaturización social. Esto ubica, aparentemente, a lo políticamente correcto dentro del cambio hacia la política ‘cultural’, la política del reconocimiento, la identidad y la diferencia.

Hasta entonces, pareciese que es deseable comprometerse con la corrección política si se trata de salvaguardar la existencia de los otros. Pero, por más que sea un esfuerzo valioso de conectar explícitamente el lenguaje cotidiano con el lenguaje político hay momentos en los que esa muestra de excesivo amor y tolerancia por los otros, los inscribe en la gramática de la homogeneidad pospolítica: la cultura y el discurso entran en un espacio de indiscernibilidad donde lo políticamente correcto puede operar tranquilamente. Así, lo políticamente correcto se sitúa fácilmente como práctica retórica y nominal. Porque es sencillo darle valor de uso, sin reflexionar sobre ella; porque se muestra como buena en sí misma y es fácil emplearla como un conjunto de nuevos significados que son usados por todos y no le hacen daño a nadie.

Además de eso, se suma a la nueva utopía política la esperanza de la plenitud social partiendo de la suposición de que la conformación de una sociedad se fundamenta y se gesta en el seno de una unidad simple y diáfana que preexiste a cualquier sociedad fragmentada en la que no solo bastan las ‘buenas ideas’ sino que hay que promoverlas mediante una forma muy específica de comunicación: la corrección política. No sin antes aclarar que este último

fenómeno siempre será un tema de alta sensibilidad debido a que se ha planteado como la mejor manera de dirimir y apaciguar los ánimos; de mostrar que el lenguaje puede ser violento y, por ende, es necesario depurarlo de cosa tal. A este último respecto, lo políticamente correcto es problemático porque se encuentra con la imposibilidad de renunciar al ejercicio de la violencia por medio del lenguaje. Como lo ha mostrado Zizek (2008) siguiendo algunos planteamientos de Lacan y Hegel:

Como ya sabía Hegel, en la simbolización de algo hay violencia, lo que equivale a su mortificación. La violencia opera a múltiples niveles. El lenguaje simplifica la cosa designada reduciéndola a una única característica; desmiembra el objeto, destroza su unidad orgánica y trata sus partes y propiedades como autónomas. Inserta la cosa en un campo de sentido que es en última instancia externo a ella. Cuando nombramos al oro «oro», extraemos con violencia un metal de su tejido natural, invistiéndolo, dentro de nuestra ensoñación, de riqueza, poder, pureza espiritual, etc., cosas todas ellas que no tienen nada que ver con la realidad inmediata del oro (p. 79).

O, en el mismo apartado, cuando recoge algunas ideas de Lacan, donde el autor esloveno menciona que:

La comunicación humana, en su parte más básica y constitutiva, no implica un espacio de intersubjetividad igualitaria. No está «equilibrada». No coloca a los participantes en una simetría de posiciones recíproca donde deben seguir las mismas reglas y justificar sus afirmaciones con razones. Al contrario, lo que indica Lacan con su noción del discurso del amo como primera (inaugural, constitutiva) forma de discurso es que cualquier espacio de discurso «realmente existente» está basado en última instancia en una imposición violenta por parte del significante-amo, que es sensu stricto «irracional»: no puede basarse ulteriormente en «razones» (p. 80).

Dejando como evidencia que la violencia, en un sentido amplio, existe mientras el lenguaje sea la manifestación de las intenciones, la manera de describir el mundo y, sobre todo, la manera de reconocer y asir al otro o a lo otro. También, se infiere que el lenguaje, por más que sea una característica primordial humana y permita que existan diferentes escenarios sociales, señala y crea relaciones asimétricas intersubjetivas; no hay cosa tal como una reciprocidad equilibrada cuando hacer uso del lenguaje implica una violencia casi espontánea. Siempre el acceso al otro y a lo otro encarnará un acto violento. Esto, ya se

constituye en un problema para la perspectiva pospolítica y políticamente correcta a la que se enfrentan las sociedades contemporáneas, al menos en occidente. Y es que renunciar a la violencia parece que de fondo planteara la renuncia al lenguaje, o lo que es similar, renunciar a aquello que es ‘humano’ porque de fondo, es violento ¿será oportuno llevar tales banderas en momentos donde hay agitación social?

Pero, ¿Qué pasa cuando nuestro aparato lingüístico solo puede describir ‘positivamente’ las diferencias y las fracturas sociales? Como lo ha descrito Fairclough (2009):

Las prácticas sociales son inherentemente reflexivas – las personas interactúan, y al mismo tiempo se representan a sí mismos y a los otros lo que hacen (a veces apoyándose en representaciones de lo que hacen que provienen de sus prácticas, incluso de las prácticas gubernamentales y de ‘expertos’). Lo que hacen está entonces configurado y reconfigurado por sus representaciones de lo que hacen. (p. 503).

Lo anterior implica que es evidente que es necesario reflexionar como sociedad sobre lo que se hace incluso con las palabras, las implicaciones de ello. Entonces, para fines de la pregunta por la corrección política, las descripciones positivas solo son un efecto más de una tendencia pospolítica para promover soluciones aparentes y nunca ahondar en los problemas, ver posibilidades –de manera ingenua o de manera premeditada para librarse de responsabilidad-, allí donde probablemente reina la dificultad. Un ejemplo para entender eso puede ser una breve narración que hace el pensador esloveno Zizek en *Mis chistes, mi filosofía* (2016):

Un paciente que se halla en una gran sala de hospital, con muchas camas, se queja al médico del ruido constante que hacen los demás pacientes, que le vuelve loco. El médico le contesta que no puede hacer nada; no se puede prohibir a los pacientes que expresen su desesperación, puesto que todos saben que se están muriendo. El paciente contesta: ¿Por qué entonces no pone una sala aparte para los que se están muriendo? A lo que el médico responde con toda tranquilidad: ¡Pero si esta es la sala de los que se están muriendo! (p.85).

En el ejemplo anterior nadie le ha mejorado el panorama al paciente moribundo que desespera con el ruido. Es el mismo paciente que, además de no reconocer su propio estado,

quiere que la perturbación desaparezca del ambiente de forma inmediata. Eso es precisamente parte de una descripción positiva, la eliminación de toda diferencia o ruido que pueda perturbar la calma que adviene con las soluciones. El paciente, no expresa el malestar por el fastidio que le provocan los otros agonizantes directamente, o por el problema de la aglomeración de moribundos en una sala, sino que lo expresa en términos de “requiero tranquilidad ante la locura del ruido”; esto puede leerse como una actitud políticamente correcta; Otra actitud de este estilo es estar muriendo y, en vez de reconocer tal estado, definirse bajo el criterio de estar menos vivo. No hay lugar en el lenguaje para expresar un radical horror, para el rechazo tajante y para todo aquello que genere malestar. Y esta atenuación nominal de un estado de cosas, no nos pone, por si solo en un mundo para vivir mejor.

No es sencillo definir a qué hace referencia lo políticamente correcto, y sin embargo, es omnipresente, goza de notable capacidad de permear la esfera política, lo que da algunas luces del empalme que hay entre lo políticamente correcto y la pospolítica, pues “la única manera de contrarrestar estas explosiones de desmedida "irracionalidad" [ o de las pasiones generadas por las ideologías] consiste en analizar aquello que la lógica omnicomprendiva y tolerante de lo pospolítico persiste en excluir, y convertir la dimensión de lo excluido en una nueva modalidad de la subjetivación política” (Zizek, 2003, p. 40). Dicho de otra manera, allí donde hay corrección política deviene la pospolítica; allí donde se oculta y se invisibiliza el malestar social, deviene la neutralidad.

### **2.3. El discurso práctico de la gestión como valor fundamental en el escenario pospolítico y políticamente correcto**

Las constantes apelaciones a la neutralidad, el alto lugar que ha ganado el centro político y la manera objetiva no-conflictiva en la que lo políticamente correcto describe el mundo están orientadas cada vez más a la ‘información’ o al ‘conocimiento’, lo que implica que se orientan al discurso – por ejemplo, orientadas por el cambio en los discursos empresariales que se ponen en acto como sistemas empresariales en la industria y los negocios (Fairclough, 2009, p. 499). Así que lo que parece objetivo y pospolítico solo puede prosperar allí donde la interpasividad social minimiza el malestar y lo describe como un efecto colateral de las buenas decisiones políticas. Como se ha visto, lo políticamente correcto es problemático porque promueve la inacción y la absorción del entramado social

con sus fracturas y diferencias en la gramática de la homogenización, aquella en donde todos estamos anulados políticamente y donde se “está bien” con eso. Allí donde haya un mecanismo político y lingüístico que invisibilice y no construya a partir de las diferencias, deviene la corrección política - ¡la política sí, pero no así! -.

es difícil agenciar un lenguaje neutral y sin asimetrías. El lenguaje es el espacio de crisis, de desestabilización y de disputa por excelencia y un lenguaje neutral no representa tales cualidades. Un lenguaje neutral solo podría promover la ruptura con su cualidad política y otra vez eso sitúa el problema en la ruptura entre el discurso y la acción. A mayor neutralidad, mayores conflictos. Por eso es necesario recoger a Van Dijk (1999) cuando menciona que la política y los cambios lingüísticos deben apuntar a “producir conocimiento y opiniones, y a comprometerse en prácticas profesionales que puedan ser útiles en general dentro de los procesos de cambio político y social, y que apoye en particular a la resistencia contra el dominio social y la desigualdad” (p.24). El discurso político posee como característica intrínseca el ser fundamentalmente argumentativo y/o persuasivo, puesto que su función principal es convencer, y lo políticamente correcto en su aspecto pospolítico, despolitiza su quehacer y relega la potencia del convencimiento no al discurso (promesa) sino a las acciones y su eficacia - ¡Cómo si eso no fuera discursivo! -.

Todo lo anterior va acorde con lo que se ha tratado de sostener: lo políticamente correcto hace parte de una agenda política clara: la pospolítica. Y, una vez más, su pretensión de erradicación del otro, la disminución de las ideologías, es la manera en la que se ha instalado con éxito en el mundo contemporáneo. No deja de llamar la atención que a pesar de que la corrección política ofrece un amplio reconocimiento cultural, siempre relativa a ella aparezcan cuestiones relacionadas con la censura y la autocensura: el paraíso cultural que muestra la corrección política siempre será motivo de sospecha pues, después de todo, ¿cómo avanza una sociedad en la mejora de sus condiciones si no lo hace desde el reconocimiento auténtico, nominal y cultural de “lo otro”? si el asunto fuera de vivir en la conciliación y sin ideologías, en el amor hacia todos(as), lo políticamente correcto y la pospolítica serían aún más indubitables de lo que son hoy en día. Desde luego, no se trata de ser acrílicos frente a las ideologías y frente a la manera en la que los ‘otros’ son reconocidos en el sistema cultural y simbólico. Se trata de reconocer que, por más de que se trate de

escapar de las ideologías, el lugar que ocupan en la ejecución política es indispensable para la configuración de sujetos como de lugares de enunciación: no se puede renunciar a la existencia de aquello que le da sentido a la política.

Ahora es necesario indagar por cómo esto da como resultado ese discurso de la buena gestión propio de lo PC y la pospolítica. El discurso de la gestión es aquella especificidad, el punto de encuentro entre la pospolítica y la corrección política. En ambos lugares se tienen tanto prácticas de invisibilización como eufemismos políticos y culturales (respectivamente) para describir y moverse en la arena política y la gestión administrativa (y neutral) es el mecanismo que sirve para organizar y mantener la estructura social. Como lo recoge Ball (1993):

Se da por evidente la bondad de la eficacia en sí. No suele tenerse en cuenta el coste que supone para el trabajador la consecución de mayor eficacia (intensificación, pérdida de autonomía, supervisión y evaluación más directas, falta de participación en la toma de decisiones, carencia de desarrollo personal mediante el trabajo). La formación y especialización de gestores cualificados excluye a otros de los procesos de decisión, a causa de la misma estructura. Los demás están destinados a ser dirigidos; se les considera incompetentes, otorgándoles, en el mejor de los casos, un derecho residual de consulta (p. 156).

Entre líneas, Ball permite que se piense que el discurso de la gestión en su estructura promueve una tajante separación por clases (dirigentes – dirigidos) lo que quiere decir que este discurso no promueve la diferencia ni plantea otras posibilidades relacionales diferentes a las clases o el *ellos* y *el nosotros* (los que administran vs. los que son administrados) que se planteó líneas atrás. Lo que muestra que el discurso práctico de la gestión es profundamente desigual y que la promoción de la neutralidad es sólo una manera de mantener el estado de cosas tal y como está: en crisis. En detalle, el *ellos* y el *nosotros* sigamos conformado por los que saben (los que poseen los medios para saber) y los que hacen los profesionales en la organización y la gestión y los que ejecutan-, haciendo de la gestión un discurso de posibilidades desde y *para los que saben* y no para los demás. De nuevo Ball muestra que esta tecnología de poder no desaparece por más neutral y conciliadora que parezca una apuesta pospolítica pues:

La gestión constituye un discurso profesional y profesionalizador que permite a quienes lo pronuncian y a sus titulares reclamar para sí en exclusiva determinados tipos de dominio (dirección de la organización y adopción de decisiones) y un conjunto de procedimientos que convierten a los demás (subordinados), quiéranlo o no, en objetos de ese discurso y receptores de los procedimientos. Como otros discursos profesionales, el de gestión produce el objeto al que se refiere: la organización (Ball, 1993, p. 160).

el problema con que se produzca tal objeto es que cualquier posibilidad de transformación de las relaciones humanas, de la búsqueda de sociedades más democráticas y de avance político quedan relegadas al escenario de la gestión, convirtiendo las relaciones que se tejen en una sociedad en asuntos burocráticos y administrativos. Más allá del orden, hay un ejercicio de banalización del conflicto y de la diferencia; se simplifica el conflicto y se aspiran a los consensos sociales como el gran resultado del ejercicio práctico de la gestión. Se tramita la dificultad para que no sea ruidosa socialmente y aquí vale la pena preguntar de nuevo: ¿Ese es el verdadero ejercicio político? ¿Para defender la sociedad y el bien común hay que erradicar el disenso?

Estas preguntas insinúan algunas razones por la que la pospolítica, lo PC y el discurso de la gestión siguen siendo parte de un discurso profundamente hegemónico: invisibilizan, no atienden de ninguna manera ante las desigualdades sociales, promueven un “alegre” silencio ante el malestar social y promueven una actitud pragmática y simplista ante los conflictos sociales. La pospolítica es el régimen de la indescirribilidad ideológica, del ocultamiento cultural ante la diferencia y de la promoción del discurso práctico de la gestión como aquel que es eficaz: todo ello como un caldo de cultivo para que emerja con mayor radicalidad la violencia rampante en cualquiera de sus formas, porque como se ha visto, después de todo, ante tal situación será muy difícil contener la complejidad social.

Llegados a este punto, será necesario ver cómo estos tres conceptos (Pospolítica-corrección política y discurso práctico de la gestión) convergen con claridad en el escenario político. Si bien hasta aquí se ha considerado que lo pospolítico es el fenómeno amplio que se articula problemáticamente con la corrección política y la práctica discursiva de la gestión, para enriquecer este planteamiento personal de articulación entre un fenómeno, un discurso y una práctica particular, resulta interesante revisar con algo de detenimiento una de las

realidades políticas que esto ha producido en el contexto nacional colombiano; se trata de la idea de ciudad que impulsó la elección del político Enrique Peñalosa como alcalde de Bogotá para el periodo comprendido entre 2016-2020.



### **3. DISCURSO PRÁCTICO DE LA GESTIÓN: ¿IMPOPULARES PERO EFICIENTES?**

Retomando algunas ideas del capítulo anterior, se ha asumido la gestión como el discurso práctico articulado a la corrección política y, a su vez, a la pospolítica. Estos tres conceptos se han comprendido en el marco de una política que promete, aparentemente, un mejor ejercicio, ya que está desprovista de ideologías que no permitían trascender los confines del ejercicio político. Pero, por más atractiva que ha sido esta apuesta para muchos sectores, sobre todo para los más conservadores, el problema ha sido cuando se ha querido eliminar el disenso en un sentido amplio, como aquel que es capaz de restituir espacios políticos, de representación y de participación.

La preocupación que ha puesto sobre la mesa la pospolítica (como fenómeno amplio), la corrección política (como la instancia discursiva que ha hecho posible que este tipo de política prospere) y el discurso de la gestión (como su práctica discursiva) es que, si bien es posible y necesario hacer crítica sobre las ideologías y el destino del ejercicio político, en una sociedad donde se promuevan solo los valores administrativos no es fácil discernir cuál es el pegamiento social y los espacios que hay en ella para manifestar la diferencia y el desacuerdo. Si bien los acuerdos son importantes, el verdadero ejercicio político aparece cuando hay que lidiar con el descontento y con todos los matices que deberían enriquecer los sistemas políticos, y no hacerlos ver como una gran debilidad y un gran fracaso, en el que el consenso pasivo es la mejor manera de resolver el disenso.

Del mismo modo, se ha acotado que el discurso de la gestión es aquel que, como lo plantea Ball (1990), instala la creencia políticamente correcta de que la eficacia y la gestión son buenas en sí mismas y que, como una cuestión neutra y objetiva, no están vinculadas a otro interés más que el de administrar. Quienes promueven este discurso práctico, hacen parecer obvia la relación y las consecuencias de las personas atrapadas en el medio (trabajadores, ciudadanos del común que buscan mejoras sociales). Cuando todo queda atrapado en el discurso de la administración, se excluyen otros procesos de acción y participación. Esta maniobra, con la que la nueva derecha ha conquistado un mayor grupo electoral ha permitido que el discurso de la gestión se vaya posicionando cada vez más como la mejor elección posible, aquella que apunta al sentido común y al juicio más “objetivo”.

Recogiendo otros aportes de Ball (1990) hay una preocupación clara: quienes están atrapados por una razón u otra en el discurso práctico de la gestión se convierten, ellos y sus prácticas en medios para fines, es decir, son un instrumento más de las herramientas de gobierno y gestión.

Es allí donde aparece el rasgo totalizador de toda esta apuesta practico-discursiva: es totalizadora porque procura que haya una actitud generalizada de miedo y sumisión ante la gestión; miedo, porque el pegamiento social no es la capacidad de pensar en un mejor porvenir social, sino que la gestión falle; sumisión porque ante la buena administración no hay adversarios políticos que logren contradecir los “resultados visibles” que hay en este discurso práctico. Ahora, es oportuno ilustrar una situación que tiene como bandera los tres conceptos centrales, pero sobre todo el último: el discurso de la gestión, pues es esa la última instancia de materialización de los dos fenómenos anteriormente descritos. se trata del caso concreto de la segunda administración del exalcalde Enrique Peñalosa y algunos hitos discursivos durante su campaña y gobierno. Lo políticamente correcto aparece cuando hay unas formas específicas de ser impuestas, cuando lo deseable es no protestar.

### **3.1. Contexto: La recuperación de Bogotá y Enrique Peñalosa**

Durante los periodos electorales es normal que exista agitación social, bombardeo informativo constante y campañas políticas en contienda según un candidato u otro. El año 2015 fue uno de esos años en los que la Alcaldía de Bogotá era la meta para los candidatos y el entorno político estaba particularmente alterado por los escándalos relacionados con la administración anterior (2012-2014) de Gustavo Petro. A pesar de los intentos del progresismo por darle continuidad al programa del alcalde anterior, denominado Bogotá Humana, sus respectivos representantes (Carlos Vicente de Roux y Maria Mercedes Maldonado) decidieron apoyar las candidaturas de otros sectores, reduciendo el marco de elección para los simpatizantes de la izquierda en la ciudad de Bogotá, dejando como resultado 7 candidatos posibles para la alcaldía de Bogotá: Rafael Pardo, por el Partido Liberal y el Partido de la U; Clara López, por el Polo Democrático Alternativo, la UP y el MAIS; Francisco Santos, por el Centro Democrático; Ricardo Arias, por los Libres; Daniel Raisbeck, por el Movimiento Libertario; Alexandre Vernot, por el Movimiento Pueblo, Tierra y Futuro y, finalmente, Enrique Peñalosa, por parte de los movimientos Cambio

Radical y Recuperemos Bogotá, quien resultó como el alcalde electo de la capital colombiana con un porcentaje de votos del 32% registrados en la ciudad.

El eslogan de campaña del exalcalde electo era una formula sencilla y poderosa: ¡Recuperemos Bogotá! Insinuando que Bogotá había sido tomada por algo o alguien y merecía ser rescatada de tales garras. Algunos columnistas de opinión denominaron al fenómeno de la recuperación de la capital como un proceso visionario y ambicioso que prometía un mejor futuro para una ciudad detenida en su progreso. El columnista de opinión Gustavo Páez Escobar describe el problema para el periódico El Espectador así:

Bogotá es una ciudad detenida. Ha sido un proceso progresivo, hasta llegar al desgüeño causado por las torpes administraciones que hemos sufrido. Los gobiernos de izquierda resultaron un fracaso. Problemas como el tránsito caótico, la inseguridad, el abandono de la infraestructura urbana y el desgobierno dondequiera se mire hacen insoportable la vida bogotana. En reciente encuesta, el 80 % de las personas consultadas dice que las cosas van por muy mal camino y quiere un cambio. Se ha llegado a los peores extremos de la inconformidad y la desesperanza. La otra Bogotá, la Bogotá humana, es la que dejamos perder. Y hay que recuperarla (2015).

Este tipo de opiniones fueron catapultando la imagen del exalcalde como aquel que podría resolver gracias a su experticia administrativa, los múltiples problemas que había dejado la administración pasada con un espectro que iba desde pobreza, altos índices de mendicidad y la desmejora en el aspecto de la ciudad; Enrique Peñalosa sería el ejecutor que le pondría fin a la polarización ideológica que atravesaba la ciudad y que se enfocaría en lo que importa: mostrar resultados.

Así, muchos factores confluyeron para que el exalcalde ganara las elecciones: escándalos políticos de la pasada administración como el asunto de la recolección de basuras, el fantasma del castrochavismo, poca representación para los sectores alternativos en las elecciones (solo una candidata por la izquierda, con varias tensiones al interior de su partido), una ciudadanía descontenta con el estado de la ciudad y la opinión pública a favor de los candidatos pertenecientes a los sectores más conservadores del país. Pero el sello de Enrique Peñalosa no sólo fue presentar una campaña llena de soluciones, sino como una cara fresca que encarnaba una nueva manera de hacer política (a pesar de ejercer su segundo mandato,

no muy distinto al primero). Una nueva política donde no importaran los sectores sino la ciudad como la expresión de bienestar social, centrando sus políticas en la mejora de vías y en la construcción de diferentes centros para el beneficio público: hospitales, colegios, etc.; en fin, prometiendo cosas, sobre todo, posibles y visibles. Como lo describe Juanita León (2011) para el portal La Silla Vacía:

Los admiradores de Peñalosa aprecian en él la cualidad, a veces escasa en los colombianos, de pensar cosas <sup>14</sup>en grande. Y la razón de que él lo haga así es que el candidato considera que las cosas ordinarias no le dan un carácter a una ciudad, ni le dan felicidad a nadie. Solo las cosas verdaderamente bellas. [...] “Un líder es la persona que sueña en grande y tiene la posibilidad de ejecutar ese sueño. Ese es Peñalosa”, dice su amigo, quien describe al candidato del Partido Verde y de La U como un ‘maníaco con una misión’.

Y es que toda esta obsesión por el urbanismo, por las prontas soluciones, por un proyecto de ciudad que se alejara de los fanatismos ideológicos fue parte del éxito del exalcalde. La promesa de una nueva política, un rostro ‘fresco’ y una idea de ciudad conveniente para todos lo hicieron el candidato más atractivo para una ciudad carente de orden, como la mostraba la opinión pública para entonces. En el mismo artículo de León (2011) se hace referencia a una entrevista que dio el exalcalde por el diario virtual El Colombiano, donde él mismo menciona que "el eje de cualquier actividad pública en Colombia hoy, tiene que ser una sociedad más igualitaria, más sostenible en lo social y en lo ambiental. Una nueva izquierda. La izquierda antigua es un inmenso error. Encontramos el fracaso del comunismo porque la estatización tiende a generar una inmensa ineficiencia, peores jerarquizaciones y segregaciones. La discusión sobre la distribución del ingreso que hacen los economistas es realmente carreta, porque en realidad no hay maneras prácticas de cambiarlo". Intervenciones como la anterior, condujeron al entonces candidato a alianzas con sectores más conservadores que pudieran equilibrar la visión de igualdad y bienestar social que tenía el exalcalde para la ciudad.

---

<sup>14</sup> Durante este artículo, la autora señala que las cosas en grande son aquellos proyectos de movilidad y estética a los que el exalcalde Enrique Peñalosa le apuesta: la construcción y adecuación de parques y la ALO (Avenida Longitudinal de Occidente), sólo por señalar algunas.

También en su programa de gobierno, Enrique Peñalosa habla de la experiencia administrativa como uno de los factores, quizá el más importante, que garantizarían no solo el éxito de su campaña sino las posibilidades reales en las que dicha experiencia se traduciría. El programa de gobierno menciona:

Los desafíos que tenemos frente al tema (movilidad) son enormes, pero tenemos el conocimiento y la experiencia suficientes para superarlos. En nuestra ciudad, los ciudadanos serán testigos de la mejora progresiva y concreta de la movilidad; en Equipo por Bogotá no nos quedaremos en promesas, rediseñaremos el Plan Maestro de Movilidad (Decreto 319 de 2006) con el fin de garantizar una movilidad multimodal, segura, eficiente, integradora y sostenible (2016, p.11).

Así, de la mano del programa de gobierno de Enrique Peñalosa y su equipo de trabajo, socialmente los términos relacionados a la buena gestión, a la administración y a la eficacia se instalan como el horizonte social hacia el que hay que marchar si se trata de ‘recuperar’ la ciudad. Una muestra de ello es una parte de la visión de ciudad que se propone en las primeras páginas del programa de gobierno (2016-2019) del exalcalde donde destaca:

El Distrito tendrá una administración eficiente, transparente y orientada al servicio de los ciudadanos. El uso de las tecnologías, internet y teléfonos inteligentes, será clave para el acceso fácil y oportuno a la oferta institucional de servicios y para abrir nuevos canales efectivos de control, rendición de cuentas y participación social en las decisiones (p.8).

Lo anterior, en términos cercanos a los administrativos, se puede traducir en una masificación de los beneficios a la ciudadanía gracias al progreso y a la implementación de tecnologías que hagan tramitables y eficaces los mecanismos de control, veeduría y participación social que dispondría el distrito en esa administración. Mostrando que esta nueva manera de hacer política, más administrativa que ideológica; más de centro que de extremos, tiene como propósito crear soluciones oportunas para cada problema.

Un artículo escrito por el equipo de redacción del periódico El Espectador titulado *Enrique Peñalosa, nuevo alcalde de Bogotá* sintetiza cada solución para cada problema: Para

la movilidad, mejora del transporte público; para educación, creación de más colegios (aunque nunca dijo cuántos o dependiendo de qué circunstancias por localidad), ofertar formación técnica y tecnológica para jóvenes de zonas vulnerables o en condición de discapacidad, que estén entre 14 y 28 años. Los discapacitados que vivan en estratos 1 y 2 tendrán prioridad para que les financien sus estudios superiores y la apertura de becas para estudios posgraduales en Canadá, Holanda y estados Unidos (para quienes por **méritos** pudieran acceder a ellas); para el asunto de la vivienda, agilizar entrega de subsidios, mejorar las condiciones de barrios periféricos, pavimentando calles, haciendo parques y andenes y evitar que habitantes de sectores tradicionales deban desplazarse a vivir a otros lugares debido a renovaciones urbanas hechas para ricos; para salud, crear una central de urgencias en el sur, crear equipos que asesoren en finanzas y administración a los hospitales y estos últimos deberían firmar acuerdos de gestión por desempeño y entrar en procesos de acreditación de calidad.

Todo este juego de problemas y soluciones más la imagen de un administrador visionario permite establecer la emergencia de una gramática de la gestión: procesos, progreso, mejora, administración, embellecimiento y eficacia fueron parte de las promesas del equipo de trabajo del exalcalde para ponerle freno al malestar social y al deterioro de la ciudad. Así, ‘Recuperemos Bogotá’ no es solo un eslogan de campaña sino la manera en la que se burocrataron los problemas sociales de la entonces “capturada” Bogotá.

Ya electo y ejerciendo la alcaldía de Bogotá, uno de los momentos claves de la administración del exalcalde fue cuando desde su equipo de asesores acuñaron por eslogan el polémico “impopulares pero eficientes”. Este eslogan obedecía en gran medida a que, según Gallup, para el 2019 el exalcalde contaba con una desfavorabilidad alta (74%) entre los capitalinos. Sin embargo, esto no fue impedimento para que el equipo de trabajo de Enrique Peñalosa usara la impopularidad del exmandatario -atribuida sobre todo a esas acusaciones ideológicas que ya no tienen lugar en la forma de hacer política en la pospolítica, más que a inconformidades sobre el modo de gestionar- para rescatar su imagen como administrador de la ciudad. Lo que demuestra que:

Las teorías de gestión reflejan los intereses y necesidades particulares de los administradores. Son teorías que van de arriba abajo; contienen una visión de la organización desde el punto de vista correspondiente a la posición de quienes tienen "el control". Están sesgadas y deformadas a causa de esa parcialidad. La gestión se considera a sí misma como el mundo real de la vida de la organización y actúa para excluir otras versiones (Ball, 1990, p.167).

Ahora, es pertinente examinar cómo el exalcalde y el discurso con el que logró el ascenso a la alcaldía de Bogotá en 2016 comparte características con la pospolítica, la corrección política y el discurso de la gestión, de modo que se comprenda en qué sentido se habla de cada uno de los conceptos y cómo se ajustan sus categorías a lo que representó el exalcalde en su momento.

### **3.2. Enrique Peñalosa: un visionario pospolítico**

Para comenzar a esbozar por qué la figura del exalcalde encaja con la apuesta pospolítica, es necesario examinar bajo qué ideas conquistó a su público electoral y durante su mandato. Por supuesto que en ambas direcciones influye directamente cómo lo posicionó la opinión pública y su equipo de campaña y gobierno. Hay que recordar brevemente a qué se hace referencia cuando se habla de pospolítica. Durante esta apuesta investigativa, por pospolítica se ha entendido un conjunto de prácticas que promueven y excluyen mediante la pérdida de la posibilidad de disentir acudiendo a principios ideológicos políticos; posiciona su perspectiva por medio de la renuncia a las ideologías, logrando situar paradójicamente un modelo totalizador e individualizante en la manera de percibir y hacer política. En este marco, la buena gestión y la corrección política se convierten en las maneras "idóneas" de hacer y percibir la política. Ahora bien, ¿cómo encarna el exalcalde esto?

#### **3.2. a. "La retirada" de las ideologías durante su campaña**

Los artículos de opinión recogidos para este capítulo como *Recuperemos Bogotá* (2015), *Enrique Peñalosa, un visionario de la ciudad* (2011) y *Peñalosa nuevo alcalde de Bogotá* (2015) concuerdan en una cosa: Peñalosa era la mejor opción posible dado que el mandato de la izquierda de Gustavo Petro dejó consigo resultados desastrosos para la ciudad y, por otro lado, los votantes no estaban convencidos con la figura, abiertamente derechista del

candidato Francisco “Pacho” Santos, en el poder. También, concuerdan en que ni un extremo ni el otro, es decir, la pugna entre la derecha y la izquierda por el cargo, traería consecuencias positivas para la ciudad. Parcialmente, era una idea atractiva para una Bogotá “no polarizada” ¿A quién no le gustaría habitar un espacio ausente de conflicto? Entonces, emergió el movimiento del exalcalde “recuperemos Bogotá”, conquistando a esa masa electoral indecisa y poco convencida sobre las “dos únicas opciones” para Bogotá. Además, hay que decir que a esto contribuyó el hecho de que no hubo una coalición significativa entre los movimientos de izquierda y la masa electoral de los liberales tampoco se sumó a otros candidatos o a un grupo de electores.

Ante este panorama de descontento generalizado con las ideologías, la mejor opción era quien no se acoplara en sentido estricto a una, y ese era Enrique Peñalosa, quien se describía a sí mismo como alguien de centro, dispuesto a trabajar por la ciudad y los ciudadanos y no por un partido o ideología. Allí empezó a operar el discurso pospolítico tan atractivo para la masa electoral capitalina que apoyó al exalcalde: vació del contenido ideológico sus apuestas políticas y se posicionó en el poder, paradójicamente, con posturas apolíticas e indiferentes a las ideologías, mostrando que era posible la plenitud de la vida social mientras se pudiera administrar bien. Como se sostuvo anteriormente, el conjunto de descripciones pospolíticas de la realidad son aquellas que se basan en dar la sensación de que, producto de los antagonismos políticos, hay un mundo desorganizado y lleno de conflictos que *se pueden solucionar*, y en ese juego de problemas-soluciones se basó el exalcalde para situarse como mandatario. Para efectos de la pospolítica, Enrique Peñalosa se posicionó como el “artista” de lo posible en medio de la presunción del caos político.

### **3.2.b.¿Pero en realidad se mantuvo o perteneció al “centro”?**

Su campaña y su mandato estuvieron acompañados de muchas polémicas, entre esas, los apoyos a su candidatura desde el sector más conservador del país y el apoyo que recibió por parte del expresidente Álvaro Uribe Vélez durante su campaña y mandato, quien fundamentalmente se caracteriza por una postura política de ultraderecha. Sin embargo, para comprender esto hay que echar mano de lo que el concepto de pospolítica puede decir al respecto, ya que las adhesiones de unos sectores u otros no explican con suficiencia porque el discurso de centro deja de estar en el centro y es tan radical como una postura de izquierda



o derecha. La manera de explicar esto mediante la idea de la pospolítica es que, como lo esboza Mouffe (2003), se puede caracterizar la pospolítica como aquella que compromete el futuro de la política mediante la anulación del disenso. Esto, porque los discursos de centro son ajustables y convenientes, aspecto que facilitaría que ideas conservadoras, como las que encarna el expresidente Álvaro Uribe y su partido (quienes apoyaron al exalcalde) se sientan parte de este tipo de nueva ideología. Lo importante aquí es señalar que creer que los antagonismos políticos acaban cuando se afina el discurso de la gestión es, como lo expresa Mouffe (2003) ser víctima de otro discurso ideológico: el discurso neoliberal que dicta el fin de la política. Lo anterior quiere decir que realmente el exalcalde nunca estuvo en el centro, sino que provisionalmente se situó al centro para ampliarlo más hacia la derecha que hacia la izquierda.

### **3.2.c. La interpasividad durante su gobierno**

La interpasividad es aquel rasgo de la pospolítica que se destaca por ser una manera en la que se configuran las relaciones sociales. Ya no atravesadas por la emocionalidad, las pasiones y el disenso, sino por la conveniencia y la superficialidad del discurso políticamente correcto y la buena gestión. También se refiere a la pérdida -o renuncia- del derecho a reflexionar, pensar y resistirse a lo que ocurre en la vida política; la interpasividad aparece cuando el disenso desaparece. Así, el carácter interpasivo emerge, fundamentalmente, cuando la única experiencia que puede existir de la política es la experiencia de la administración, gestión y los buenos resultados que se asumen, son productos objetivos de las dos primeras fases. Así, la interpasividad es la homogenización de la experiencia política reducida a la gramática de la gestión.

El exalcalde encarna muy bien esta cuestión cuando los artículos anteriores se alude a que la confianza de su fuerza electoral fueron sus títulos y su experiencia como administrador. Hasta entonces, nadie discutía que los esfuerzos de exmandatario eran visibles y que eso solo era parte de las bondades que existían en la gestión en sí misma. Mostrarlo como el administrador capaz de tramitar exitosamente las diferencias y de ponerle fin a los “yugos ideológicos” que “atraparon a Bogotá” de fondo tenía un mensaje claro: si no son amigos de la gestión, están por fuera de la nueva manera de hacer política.

### 3.3. Un “visionario” políticamente correcto:

El exmandatario, refiriéndose a una posible integración entre Bogotá y municipios vecinos, dijo: “se van a oponer todos los políticos a esta fusión. ¿Por qué no fusionamos Bogotá con Soacha?<sup>15</sup> porque a mí no me van a dar solo el hueso, con todo respeto, a mí también me dan la carne: Chía<sup>16</sup>, Sopó<sup>17</sup>, donde los ciudadanos pagan altos impuestos” (Suárez, 2016)<sup>18</sup>, o icónicas frases como: “La ETB<sup>19</sup> es igual a la caja menor de un mes de una empresa de comunicaciones europea”, “La reserva<sup>20</sup> es la única del mundo que no tiene árboles, son potreros”, “A la gente le parece muy sexy meterse como ratas en un metro subterráneo”, no sitúan al exalcalde como alguien políticamente correcto ni como el mejor de los oradores. Una de las estrategias fue decir que, a pesar de “no saberse expresar”, hacía mucho más de lo que decía y que eso era lo que realmente contaba, de ahí que a pesar de que contara con una desfavorabilidad superior al 74% entre los capitalinos, él y su equipo de comunicaciones asumieran que era “impopulares, pero eficientes”. Esto es, en sí mismo, una forma eufemística, o para usar los términos del presente trabajo, es un uso políticamente correcto del discurso. Por eso hay que decir que el medidor de corrección política puede ser de diversas variables. Se ha dicho durante esta monografía que la discusión sobre la corrección política tiene muchos matices y el matiz que se ha procurado explorar es aquel relacionado con la invisibilización de los conflictos sociales mediante la negación de ellos. Sí, por ejemplo, ante el conflicto de impopularidad, surge una negación con la salvedad “...pero eficientes”.

Otro ejemplo de corrección política fue cómo la ciudad vivió las jornadas de protestas durante su mandato. El alcalde se esforzó porque las jornadas de protesta social transcurrieran de manera pacífica, no precisamente invitando a diálogos con las partes y estamentos involucrados, más bien amenazando con la intervención directa de la fuerza pública (Policía Nacional y ESMAD<sup>21</sup>), empleando la política del miedo: si no era como él lo dictaba, había

---

<sup>15</sup> Municipio de Cundinamarca, Colombia. Aledaño a la ciudad de Bogotá vía sur.

<sup>16</sup> Municipio de Cundinamarca, Colombia. Aledaño a la ciudad de Bogotá vía norte.

<sup>17</sup> Municipio de Cundinamarca, Colombia. Aledaño a la ciudad de Bogotá vía norte.

<sup>18</sup> Suárez, A. (2016). *Enrique Peñalosa en frases*. Bogotá: El Espectador.

<sup>19</sup> Empresa de Telecomunicaciones de Bogotá, propiedad del distrito capitalino. Fundada en agosto de 1884.

<sup>20</sup> Reserva Forestal Thomas van der Hammen, ubicada en el norte de Bogotá que cuenta con planes de protección y restauración forestal para conservar los acuíferos subterráneos y proteger la biodiversidad que allí habita.

<sup>21</sup> Escuadrón Móvil Antidisturbios.

que asumir las consecuencias. El exmandatario, al ver que esto atentaba con su noción de orden, de ciudad “civilizada” y que, además, sumaba cada vez más ciudadanos que se sintieron traicionados por su gobierno, decidió que la manera de actuar era callándola, omitiéndola en su discurso y negando el disenso con ayuda de la represión policial, dejando numerosas víctimas fatales, entre ellas, Dilan Cruz, quien falleció en medio de las protestas del 21N<sup>22</sup> producto de la represión que el exalcalde ejercía contra la protesta social.

Este gesto parece una decisión política cercana a los totalitarismos, pero ¿Qué rasgo comparte con la corrección política? La corrección política, si bien se ubica como una manera de no atentar contra otros por medio del lenguaje, también es una manera muy particular del lenguaje para encubrir asuntos más graves. Retomando el caso de Dilan Cruz, por parte del exalcalde y su equipo de trabajo no hubo mayores esfuerzos por acompañar a la familia de Dilan Cruz; se bastaron con una disculpa pública para reiterar que el error no estaba en el uso (y el abuso) de la fuerza pública para contener las protestas, sino que se permitiera a jóvenes participar de esto<sup>23</sup>. ¿Es que, acaso, culpa al entorno social directo (familia) por salir a protestar? ¿Debe la protesta complacer a los mandatarios de turno? El destino que tomó el caso de Dilan Cruz hasta ahora es un asunto de las instituciones desplazándose la responsabilidad política frente al caso, pero lo cierto es que el malestar social y el legítimo derecho a manifestarse no debería acabar en sucesos tan desastrosos como los que están descritos en el caso de Dilan.

Seguramente en vez de una disculpa, el malestar social tenía una salida mucho más enriquecedora si, desde el principio, el exmandatario hubiese mostrado mayor apertura a escuchar a los sectores en descontento y no rectificando su intransigencia por medio de frases como "nosotros no quisiéramos que el ESMAD ni la fuerza de la Policía ingresaran a ningún lugar y menos a las universidades, pero si se presentan disturbios, se arrojan piedras a los ciudadanos, se atacan las instalaciones y se tiran papas-bombas, tendremos que hacer presencia. Cuando hubo la explosión en la Universidad Pedagógica Nacional, en la cual hubo varios heridos, nosotros tuvimos que intervenir. Vamos a entrar siempre que sea necesario a

---

<sup>22</sup> Sigla para designar la jornada de protestas del 21 de noviembre de 2019 y el paro nacional de esa fecha.

<sup>23</sup> Como se insinuó en el pronunciamiento del alcalde sobre las protestas del 21N vía Facebook Live de Canal Capital.

donde sea, aquí no hay ningún sitio vedado para la ley” como lo recogió el artículo de RCN radio titulado: *Si se presentan disturbios vamos a intervenir: Peñalosa* (2019). Esto permite demostrar que un gesto de la corrección política es anular el disenso en cualquiera de sus manifestaciones. Pero además de anularlo, es necesario satanizarlo para que no haya enemigos políticos, sino enemigos de la gestión, en este caso.

### **3.3.a. El embellecimiento de la ciudad vs. los problemas reales**

Otra gran polémica fue lo relacionado con la inversión social y la entrega de infraestructuras. Además de prometer la aparición de venados y la posibilidad de nadar en el río Bogotá en un plazo de 8 años, la preocupación del entonces alcalde era que la ciudad era caótica y “fea”. En muchos casos, el embellecimiento de la ciudad era una de las cosas que más preocupó a los capitalinos porque, según sus votantes, la ciudad estaba descuidada por el problema con la recolección de basuras de la administración de la Bogotá Humana –nombre del plan de gobierno de la alcaldía anterior-. Recuperar Bogotá tenía que ver en cierta medida con eso, en que hubiese parques, calles e infraestructura suficiente para que se confundiera con una ciudad del “primer mundo”, sin embargo, esto en otros sectores, sobre todo en los más olvidados de la ciudad, no fue igualmente bien recibido. Esta visión que enaltece “la eficiencia” que busca afanosamente lo bello, lo que complace a los ojos, desprecia a la vez lo popular, lo democrático.

Así, por buscar la belleza de los parques y de las calles más transitadas, evidencias notables de nueva gestión, problemas como el hambre en la primera infancia, el desempleo y la pobreza aumentaron durante su mandato, como lo expone Guevara (2016) en su artículo *Bogotá 2016: un gobierno sin ciudadanía*; se pensó en los parques y no en el fortalecimiento de los CAMAD<sup>24</sup>; se desalojó el Bronx<sup>25</sup> debido a que era una zona peligrosa, pero hubo un bajo acompañamiento a las personas desalojadas, además este desalojo se tradujo en

---

<sup>24</sup> Centro de Atención Médica a Drogodependientes (CAMAD) que contaba con psiquiatras, psicólogos, médicos y enfermeros. Las personas atendidas en estos centros están en situación de riesgo, exclusión social por altos niveles de dependencia a las drogas, son personas vinculadas a actividades delictivas asociadas con el consumo y el expendio de drogas, padecen enfermedades mentales asociadas al consumo de drogas, y enfermedades derivadas del consumo problemático.

<sup>25</sup> El Bronx o la La L (La Ele) fue un sector adyacente a la plaza de Los Mártires, en Bogotá, en el centro de la ciudad. Durante años tuvo un carácter residencial y de comercio mayorista. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XX sufrió un fuerte proceso de deterioro, que tras el desmonte de la vecina calle de El Cartucho, pasó a ser el principal centro de expendio y consumo de drogas

problemas de consumo y tráfico de drogas, armas y personas en zonas periféricas de Bogotá. Ese es un gesto distintivo de la corrección política, el embellecimiento nominal y parcial de diversas situaciones, pero la existencia de los problemas persiste y se agrava silenciosamente.

### **3.4. La gestión como discurso práctico del presunto salvador de Bogotá**

Para concluir este análisis hay que decir que los capitalinos fueron víctimas del discurso que Mouffe (2003) emparentaría con el discurso de la gestión: el de la gestión y la administración, mostrando que lo que parece una actitud crítica frente a las ideologías, puede jugar malas pasadas cuando se confía en que la gestión no tiene un discurso que la sustente como una manera de hacer política. Cuando Ball (2009) recoge a Dreyfus y Rabinow (1982) recuerda que:

Las tecnologías políticas avanzan tomando lo que esencialmente es un problema político, sacándolo del ámbito del discurso político y traduciéndolo al lenguaje neutral de la ciencia. Cuando se ha llevado a cabo esto, los problemas se han convertido en técnicos, propios de especialistas... En realidad, el lenguaje de reforma es, desde el principio, un componente esencial de estas tecnologías políticas... Donde aparece una resistencia o un fracaso... se estructura como prueba de la necesidad de reforzar y ampliar el poder de los expertos (pág. 196.)

Lo que insinúa que la “objetividad científica” con la que se presenta el discurso de la gestión, no es neutral y mucho menos de centro. Los especialistas son especialistas en orientar las políticas a favor de ciertos sectores y cuando se presenta un desajuste, ello se toma como insumo para tratar de expandir el espectro político de modo que acapare todo dentro de las posibilidades de la gestión. Así, cuando el exalcalde prometía en campaña que la administración sería eficaz, prometía mayor absorción de los problemas sociales en el juego de problemas y soluciones, en un juego de “buenos consejos” para ser mejor ciudadano, por ejemplo: la alternativa al Transmilenio, era el uso de bicicletas; para que nadie muriera durante las jornadas de protestas, había que protestar de cierta manera -sin protestar-. Mas el exalcalde no mostró durante su segundo mandato voluntad para mejorar los las ciclorrutas y la seguridad de los biciusuarios. Así fue saltando la responsabilidad de la ciudad de actor en actor, hasta encontrar uno que no pudiera hacerle frente a la gestión. Aquí se materializa el discurso de la gestión:

En efecto, dada la lógica de la gestión, la ineficacia se considera como un desorden de la razón y, como tal, es susceptible de cura mediante el uso de técnicas apropiadas de organización [...] Se considera a quien se resiste como desviado social, devolviéndolo a la normalidad mediante procedimientos coercitivos o terapéuticos. Al responder al descontento sobre una base individual e imponer divisiones estructurales y jerárquicas, todos quedan sometidos. La gestión es a la vez un sistema totalizador e individualizador (Ball, 1990, p. 166).

Lo que queda con el discurso de la gestión conquistando tantos escenarios es preocupante: para los administradores el disenso, la ética y el conflicto político se convierten en cuestiones accesorias promoviendo más que el encuentro o el disenso en la política, la inacción y como lo menciona Ball (1990, p.159): “Construye su superioridad mediante un conjunto de poderosas oposiciones discursivas; el orden se sitúa por encima y en contra del caos, la neutralidad contra el sesgo político, la eficiencia contra la ineficiencia. Es la antítesis lingüística de la crisis”. Y, para finalizar, las sociedades siempre necesitarán de la crisis para avanzar de una manera cada vez más democrática, así, la gestión es opuesta a la democracia.

#### 4. CONCLUSIONES

Para abordar este apartado, es preciso realizar una recapitulación del proceso reflexivo desarrollado en el presente trabajo. Importante mencionar los contextos de emergencia de los tres conceptos que han dado vida a este proyecto: pospolítica, corrección política y el discurso práctico de la gestión. Luego, mostrar las principales características de cada uno y como a través de ellas fue posible emparentarlos. Finalmente, las cuestiones que dejan sobre la mesa y otras que quedan abiertas para futuras investigaciones.

A lo largo de este trabajo monográfico se ha sostenido que, por un lado, la pospolítica emerge con el auge de las teorías relacionadas con la Tercera Vía y la intención de superar los dualismos políticos propios de la Guerra Fría, es decir, con el propósito de superar la diada política entre derecha e izquierda. Ofreciendo la posibilidad de conformar un espacio político de centro para quienes no confiaban en las ideas ‘retrogradadas’ del conflicto entre Rusia y Estados Unidos. Este contexto, permite caracterizar a la pospolítica como aquella manera que busca castigar a las ideologías y la polarización que ocasionan al interior de la sociedad, y que luego se erige como aquella tendencia que puede regular la vida por medio de mecanismos administrativos y de gestión y puede ser exitosa en ello. Tal y como se expuso en el capítulo 2, la pospolítica prospera cuando se establece que las ideologías son caóticas y que hay un malestar generalizado frente a ellas y lo que ‘dejaron’ de representar y así, solo mediante la administración es posible restituir el orden. Debido a que busca poner fin al caos ideológico y anular el revuelo político que causan cuando se afincan en el poder, la pospolítica se caracteriza por anular el disenso como parte constitutiva de la política. Esto, la convierte en interpasiva, fundamentalmente porque reemplaza el malestar social con la posibilidad de darle una solución, aparentemente inmediata, excluyendo lo social y dejando solo lo administrativamente posible. La pospolítica crea así un sistema político conveniente y superficial, que no se preocupa por reflexionar las formas en las que, por ejemplo, se solucionan las diferencias, sino en la manera en la que estos “traspies” sociales pueden entorpecer la eficacia administrativa.

Por otro lado, se habla de la cuestión de lo políticamente correcto o, lo que es lo mismo, la corrección política como un conjunto de normas implícitas que emergen en contextos políticos basados en ejercicios retóricos que buscan posicionar ciertas prácticas

nominales del lenguaje en una sociedad. Se ha mostrado que su superficie de emergencia se puede rastrear en tres momentos: durante el auge del partido comunista de Mao Tse-Tung, la época dorada de Estado Unidos (años 50) y durante el auge del fenómeno de la globalización. Sobre el primer momento, se ha dicho que tiene que ver con ciertas normas que los copartidarios del partido de Mao Tse-Tung debían acatar como miembros para lograr pertenecer a él y procurar su vigencia dentro del partido. Respecto a la época dorada de Estados Unidos, lo políticamente correcto estuvo asociado a un asunto curricular en las escuelas porque cada vez más las demandas estatales tomaron parte en las decisiones curriculares de las universidades y su autonomía investigativa, evitando que se tocaran temas relacionados al ambientalismo, el racismo y la xenofobia. Finalmente, se asocia lo políticamente correcto al fenómeno de la globalización cuando las agendas políticas se internacionalizaron, las preocupaciones locales dejaron de ser importantes frente a lo que la agenda internacional buscaba: unidad. Pero tal vez una que se gana invisibilizando y banalizando los problemas y no reflexionando y abriéndoles los espacios oportunos de discusión.

Sobre el discurso práctico de la gestión, se ha llegado a concluir que es aquel que da por evidente que la gestión es buena en sí para los sistemas políticos. Esto, debido a que se ejerce -aparentemente- por fuera del marco político ideológico. Además, sataniza cualquier brote de disenso, mostrando que todo se puede solucionar mediante la gestión. Recogiendo lo planteado en el capítulo 3, es un discurso totalizador porque procura que haya una actitud generalizada de miedo y sumisión ante la gestión; miedo, porque el pegamiento social no es la capacidad de pensar en un mejor porvenir social, sino que la gestión falle; sumisión porque ante la buena administración no hay adversarios políticos que logren contradecir los “resultados visibles” que hay en este discurso práctico. A este discurso se le dice práctico en tanto que no es únicamente una manera retórica de proceder para captar ciertos públicos o de invisibilizar nominalmente situaciones, sino porque toma formas específicas y se traduce en un conjunto de técnicas que determinan la relación entre sujetos y, de estos con todas las instituciones. Un ejemplo de ello es como cada vez palabras como eficacia, practicidad, calidad se convierten en modelos sociales ideales en todas las esferas sociales.



Lo anterior permite establecer la relación entre los tres conceptos. La pospolítica es el fenómeno global que encierra en un segundo nivel a la corrección política como un ejercicio retórico y nominal de ocultamiento y negligencia política y a el discurso práctico de la gestión como aquel momento en el que la dimensión concreta funciona bajo los preceptos administrativos y de buena gestión. Son los conceptos que fácilmente se pueden emparentar con la inmediatez, los deseos de objetividad y la popularidad que el presunto “centro” político cada vez cobra. Sin embargo, se ha señalado que todo lo que atañe a la administración no es necesariamente neutral; que siempre hay alguien que agencia el discurso y que, además, causa mucha curiosidad como cada vez sectores más radicales se suman al llamado centro. Téngase en mente lo que se planteó durante el capítulo III con la figura de Enrique Peñalosa, sus adhesiones políticas y su programa de gobierno. El exalcalde cumple con las características de un administrador pospolítico, después de todo recurrió a las fuertes represiones y a la exclusión de los sectores que no simpatizaron con su manera de gobernar, que el denominaba como buena gestión, al tiempo que promovía un ambiente político poco democrático. Justamente una de las preguntas que va dejando la investigación es ¿Es la pospolítica la nueva enemiga interpasiva de los deseos generalizados de democracia y mayor participación política?

Otros asuntos que se han mencionado que comparten estos tres conceptos es que pretenden llevar a un nivel cero el ejercicio político, es decir, al nivel de la inacción. Suscribiendo el consenso como la única manera de lograr espacios políticos valiosos. Pero ¿será cierto que mientras existan problemas de clase, de desigualdad de género, xenofobia, etc. los consensos son los únicos capaces de garantizar la tan anhelada estabilidad social? ¿No es posible pensar en que, mientras exista la capacidad de disentir, protestar y manifestar las diversas inconformidades, los espacios políticos que se ganan a ese respecto son mucho más valiosos y enriquecedores dado que no homogenizan los problemas sociales? ¿No será que el reconocimiento va de la mano con la capacidad de reconocer al contrario como contrario y no como un igual? Estas cuestiones son parte de lo que se ha tratado mostrar, que el asunto de la pospolítica, la corrección política y la buena gestión han desplazado lo social y problemáticamente político a un plano distante, lo más retirado posible de la administración, mostrando que el único consenso posible es la gestión.

Por otro lado, retomando algunos planteamientos sobre la pospolítica hay que darle lugar a la comprensión sobre las ideologías. La idea de que es necesario castigarlas porque polarizan el ejercicio político pareciera racional si cosa tal como los juicios objetivos políticos existieran, pero eso no ocurre de esa manera en la agitación del clima político. Parcialmente, se puede suscribir la idea de que siempre será necesario cuestionarlo todo, incluso las filiaciones ideológico políticas, pero hay que reconocer que los modos de existencia tan diversos, siempre estarán asociados a ideas y estas a su vez, son las que dan sentido a la comprensión del fenómeno político. Por ejemplo, allí donde a alguien se le muestran oportunidades de emprender, a otro la posibilidad de emplearse; allí donde alguien ve la legítima defensa, alguien verá violencia. Así que es imposible escapar de las ideologías. No porque estas sean, como lo muestran algunos ideólogos de la pospolítica, una enfermedad o un vicio de la percepción de la política, sino porque estas dotan de sentido este ejercicio y son aquellas en capacidad de poner en conflicto y abrir espacios de participación y reconocimiento en los diversos modos de gobierno. A lo mejor, preguntarse por la pospolítica traza una tarea más extensa de fondo: retomar la pregunta por lo político y por conceptos tan comunes, pero tan obviados como el de la ideología para la tradición político-filosófica.

Finalmente, quisiera exponer en estas últimas líneas algo más sobre el tema de la corrección política. Es cierto que una de las particularidades del lenguaje es que configuran el mundo que habitamos y que en sus diversas gramáticas manifiestan los hitos culturales epocales a los que corresponden. Por eso, es valioso el esfuerzo que se trazan quienes suscriben la corrección política como una manera de proteger parcialmente a quienes son rotulados despectivamente y son sometidos al escarnio, aunque evidentemente no es la cuestión que guio este trabajo ni la que la revisión histórica resalta

Por tanto, una de las conclusiones a las que ha llegado este escrito es precisamente que este ejercicio retórico de ser más positivos frente al lenguaje podría quedarse en ese momento descriptivo y no de una real reflexión –entiéndase, con implicaciones en la acción– frente al problema de las profundas estigmatizaciones sociales que ocurren comúnmente. Con esto, cuestionar el problema de lo políticamente correcto hace pensar que hay que trabajar, más bien, en promover una ética del cuidado, trabajar en la simpatía y no resolver estos problemas mediante la nominación. Porque a veces el nominalismo puede ser conveniente,

pero profundamente excluyente si no va acompañado de prácticas que mejoren este panorama. Incluso, el nominalismo y el eufemismo en el que incurre muchas veces lo políticamente correcto, pueden promover una cómoda inacción. Es una actitud de mirar y no tocar: los problemas están bien si se mantienen a una sana distancia.

El asunto aquí es ¿Es necesario replantear el ejercicio político? Probablemente sí, que haya cada vez más acceso a la comunicación y a la información no quiere decir que es garantía de una actitud crítica frente a la política. Por eso, preguntarse por este estado de cosas local, sumamente pospolítico podría abrir espacios para que la inacción y la comodidad que presenta el centro dejen de ser una opción; para que disentir no sea un crimen y para que la participación ciudadana cobre el papel que el discurso de la buena gestión le ha arrebatado. La política no puede quedarse en un estado administrativo, pues es en ella en donde se materializan las necesidades y aspiraciones humanas.

Si en este punto me preguntaran que le corresponde a la filosofía y a sus licenciados y licenciadas, diría que poner en tensión estas cuestiones políticas ayudaría a activar estas conversaciones pendientes y condenadas al olvido, para que los espacios de debate tejan mejores acuerdos y desacuerdos sociales. Después de todo, es labor de la filosofía, de la educación, acercar lo que parece lejano; las cuestiones políticas delegadas a los “administradores”.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Rancière, Badiou et al. (2012). *Pensar desde la izquierda. Mapa del pensamiento crítico para tiempos de crisis*. Madrid: Errata Naturae.
- Ball, J. comp. (1990). *Foucault y la Educación, disciplinas y saber*. Madrid: Ediciones Morata.
- Boticcelli, S. (2011). *Prácticas Discursivas. El Abordaje del Discurso en el Pensamiento de Michel Foucault*. Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Domínguez, M. (2010). *Postpolítica y ciudadanía*. España: Somosaguas.
- Etchegaray, R. (2014). *La Filosofía Política de Jacques Ranciere*. El Salvador: Nuevo Pensamiento Revista de Filosofía.
- Fairclough, N. (2009). *'Políticamente Correcto': la Política de la Lengua y la Cultura*. Trad. Elsa Ghio. Reino Unido: Lancaster University.
- Hughes, G. (2011). *Political Correctness: A history of semantics and culture*. USA: Wiley-BlackWell.
- Mouffe, C. (2003). *La Paradoja Democrática*. España: Gedisa.
- Polo, J. (2018). *El Rol del Estado en la Era Pospolítica y Posdemocrática de los Poderes Financieros Salvajes*. Ecuador: Escuela Superior Politécnica del Litoral.
- Ranciere, J. (2018). *¿En qué tiempo vivimos? Conversación con Eric Hazan*. Madrid: Casus Beli Editores.
- Velasco, G. (2017). *Pospolítica, agonismo, y gobierno de las pasiones*. Madrid: Universidad Camilo José Cela.
- Zizek, S. (2003). *El Sublime Objeto de la Ideología*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Zizek, S. (2008). *En Defensa de la Intolerancia*. Trad. Javier Ceballos. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Zizek, S. (2008). *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.

### Referencias:

- Agamben, G. (2003). *Estado de excepción. Homo Sacer II, I*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Ed.

- Agamben, G. (2005). *Profanaciones*. Trad. Flavia Costa & Edgardo Castro. Argentina: Adriana Hidalgo Editores.
- Agamben, G. (2006). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- Althusser, L. (1971). *Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado*. Colombia: Oveja Negra.
- Bergua, J. (2015). *Pospolítica, elogio del gentío*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Boaventura, de S. (1998). *De la mano de Alicia*. Colombia: Ediciones Uniandes.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Trad. de Bernardo Moreno. México: Paidós.
- Canal Capital. (2019). #ATENCIÓN El alcalde Peñalosa se pronuncia sobre la jornada de protestas de este 21N. Bogotá. Recuperado de: <https://www.facebook.com/CanalCapitalOficial/videos/423043138362834>
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico social. Seminarios de 1986-1987. La creación humana I*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- Equipo por Bogotá y Cambio Radical. (2015). *Programa de Gobierno Coalición Equipo por Bogotá- Cambio Radical: Recuperemos Bogotá. Enrique Peñalosa Londoño, alcalde de Bogotá 2016-2019*. Bogotá D.C.
- Giddens, A. (1996). *Más allá de la Izquierda y la Derecha. El futuro de las políticas radicales*. Trad. Luisa Rodríguez. España: Cátedra.
- Giddens, A. (1999). *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*. Trad. Pedro Cifuentes. España: Santillana ediciones.
- Giroux, H. (1997). *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. España: Paidós.
- González, J. (2015). *La Bogotá que Hereda Peñalosa*. Razón Pública. Recuperado de: [La Bogotá que hereda Peñalosa - Razón Pública \(razonpublica.com\)](http://razonpublica.com)
- Hegel, G.W. Friedrich. *Principios de la filosofía del derecho*. Traducido por Juan Luis Vermal. Barcelona: Edhasa, 1999.
- León, J. (2011). *Enrique Peñalosa, un visionario de la ciudad*. La Silla Vacía. Recuperado de: [Enrique Peñalosa, un visionario de la ciudad | La Silla Vacía \(lasillavacia.com\)](http://lasillavacia.com)

- Madura, E. (2019). *En defensa de lo políticamente correcto...si es correcto*. Nueva revista de cultura y arte. Recuperado de: [En defensa de lo políticamente correcto... si es lo correcto - Nueva Revista](#)
- Massey, D. (2005). La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones. Arfuch, L. comp.
- Muñoz, J. (2012). *Antología de textos de Economía y Filosofía. Manuscritos de París. Manifiesto del Partido Comunista, y Crítica del Programa de Gotha*. España: Gredos.
- Páez, G. (2015) *Recuperemos Bogotá*. El Espectador. Recuperado de: [Recuperemos Bogotá | EL ESPECTADOR](#)
- Pérez, A. (2018). *Peñalosa no dialoga ni negocia*. Razón Pública. Recuperado de: [Peñalosa no dialoga ni negocia - Razón Pública \(razonpublica.com\)](#)
- Pérez, N. (2015). *Los retos de Enrique Peñalosa en el Poder*. Razón Pública. Recuperado de: [Los retos de Enrique Peñalosa en el poder - Razón Pública \(razonpublica.com\)](#)
- Pérez, N. (2016). *Bogotá 2016: Un Gobierno sin Ciudadanía*. Razón Pública. Recuperado de: [Bogotá 2016: un gobierno sin ciudadanía - Razón Pública \(razonpublica.com\)](#)
- Pérez, N. (2018) *¿Bogotá mejor para todos? Un balance más allá del Plan de Desarrollo*. Razón Pública. Recuperado de: [¿Bogotá mejor para todos? Un balance más allá del Plan de Desarrollo. - Razón Pública \(razonpublica.com\)](#)
- Redacción Caracol Radio. (2018). *Enrique Peñalosa: Las frases inolvidables de Peñalosa*. Caracol Radio. Recuperado de: [Enrique Peñalosa: Las frases inolvidables de Peñalosa | Tendencias | Caracol Radio](#)
- Redacción Política El Espectador. (2015). *Enrique Peñalosa, nuevo alcalde de Bogotá*. El Espectador. Recuperado de: [Enrique Peñalosa, nuevo alcalde de Bogotá | EL ESPECTADOR](#)
- Rodríguez, J. (2019). *Peñalosa sobre protestas en Bogotá: Si hay disturbios Interveniremos*. RCN Radio. Recuperado de: [Peñalosa sobre protestas en Bogotá: Si hay disturbios interveniremos | RCN Radio](#)

Sandoval, I. (2007). *Economía política del neoliberalismo: ideas, intereses y reversibilidad*. México: Universidad Autónoma de México.

Sen, A. (2007). *Identidad y violencia: la ilusión del destino*. Trad. Weinstable, J. Buenos Aires: Katz Editores.

Suarez, A. (2016). *Enrique Peñalosa en Frases*. Bogotá: El espectador. Recuperado de:  
[Enrique Peñalosa en frases | EL ESPECTADOR](#)